

Reseñas

Vivian Nutton, ed. *Pestilential complexities: Understanding medieval plague*.

London: The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL [Medical History, Supplement nº 27]; 2008, 130 p. ISBN-10: 0-85484-116-4; ISBN-13: 978-0-85484-116-5.

Hasta el siglo XIX las historias de peste tuvieron un peso importante en la práctica médica ante las distintas crisis epidémicas a las que se venía enfrentando Europa desde el otoño de 1347. Los tratados de peste y también las crónicas sobre la misma, reflejaban y articulaban de manera eficaz modelos explicativos, diagnósticos, preventivos y terapéuticos con los que enfrentarse a la enfermedad desde experiencias pasadas de la misma. A partir de la descripción de la peste en 1894 desde presupuestos microbiológicos, es la historia la que se infecta de medicina, releyéndose retrospectivamente las historias de peste desde el bacilo gram-negativo como eje definidor de las mismas. Durante casi cien años, hubo consenso entre los investigadores en aceptar que la peste que desde Messina afectó a Europa en el siglo XIV, era idéntica a la que Shibasaburo Kitasato y Alexandre Yersin habían puesto bajo el microscopio en Hong Kong. Sin embargo, desde mediados de los años ochenta del siglo XX, algunas voces comenzaron a disentir sobre esta identificación y tanto desde la historia como desde las ciencias de la vida, se plantearon otros candidatos posibles como agentes causales de la gran mortandad europea medieval. El libro *Pestilential Complexities* es el resultado de una conferencia que tuvo lugar en 2006 (Londres, Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL) con el objetivo de reflexionar sobre las bases materiales e interpretativas que sostienen las posturas de quienes apoyan la candidatura de la *Yersinia pestis* como agente causal de la peste medieval y la de quienes apuestan por otras opciones. La disensión surge, como apunta Vivian Nutton en la introducción que abre el volumen, ante el distinto patrón epidemiológico de la Peste Negra y el de la que en el siglo XIX afectó a China y a la India. La morbilidad era distinta, así como su mortalidad, su velocidad de propagación, su contagiosidad, la inmunidad adquirida y posiblemente también su vector de transmisión. ¿Cómo, entonces, se puede sostener que ambas epidemias están causadas por el mismo agente?

Después de un repaso general a la historiografía sobre la peste, Nutton presenta los principales problemas expuestos en la conferencia del 2006, las posturas de los distintos autores invitados a participar y las principales conclusiones y resultados de la discusión. Si de un acercamiento multidisciplinar sobre el tema podría esperarse una convergencia de posturas o al menos, un acercamiento de las mismas, el resultado de la reunión, a juzgar por lo contenido en el libro, no puede ser más decepcionante. Cada uno de los autores permanece en sus tesis inmune a cualquier opción alternativa. Es cierto que los trabajos de arqueología biomolecular se han presentado, en ocasiones, como capaces de cerrar con sus resultados la polémica; pero, los resultados aportados por los estudios de ADN son escasos y muy discutidos. El capítulo de Daniel Antoine aborda este tema. De forma muy didáctica analiza los problemas en la interpretación y uso de las pruebas arqueológicas en la discusión sobre la etiología de la peste medieval. Se centra en las conclusiones derivadas de los estudios realizados sobre los enterramientos de apestados en East Smithfield (Londres) que tuvieron lugar entre 1348 y 1349, aunque sustenta su reflexión en un contexto más amplio que recoge estudios arqueológicos sobre, incluso, escenarios de la llamada peste de Justiniano (541-c.750). Antoine pone de relieve que las evidencias científicas actuales proporcionadas por la arqueología son muy escasas en prácticamente cada uno de los posibles escenarios a estudiar, desde la zooarqueología de roedores e invertebrados a los estudios sobre las fosas de enterramiento de apestados. El análisis de los resultados de la investigación biomolecular sobre los esqueletos no queda mejor parado, siendo especialmente crítico con la metodología utilizada por los estudios que han intentado rastrear el ADN de la *Yersinia pestis* en los esqueletos (fundamentalmente en la pulpa dental). Si los estudios de ADN parece que no aportan datos definitivos para quienes apoyan la continuidad ni para quienes defienden la discontinuidad entre la peste medieval y la moderna, los conocimientos médicos actuales sobre el patrón epidemiológico y clínico de la peste en el mundo, tampoco lo harían, al ser el patrón actual de una enorme variabilidad. Elisabeth Carniel, investigadora del Instituto Pasteur, contribuye al volumen con un panorama general sobre lo que la investigación biomédica conoce hoy día sobre la peste, para concluir que: «Although we cannot prove anything one way or the other, it should be emphasized that it is not possible to reject the plague aetiology of the Black Death simply because certain symptoms and epidemiological features do not match those found today» (p. 122).

Pero, va a ser precisamente sobre estas diferencias epidemiológicas y clínicas, sobre las que el resto de los autores se apoyan para defender una postura u otra sin que, paradójicamente, las reflexiones expuestas por los otros participantes que acabo de citar hayan servido para modificarlas. Lars Walløe defensor de la continuidad etiológica de la peste de Hong Kong y la peste medieval, ignora las críticas a la arqueología molecular expuestas por Antoine y espera del análisis molecular la resolución de la disputa (p. 68). Samuel Cohn, por su parte, defensor de las tesis opuestas, sigue insistiendo, como

principal argumento en contra, en las diferencias epidemiológicas y ecológicas de la tercera pandemia con respecto a las dos anteriores, sin tener en cuenta las precisiones de Carniel. Ambas contribuciones son, en cualquier caso, muy cuidadosas en el análisis de las fuentes y se agradece la claridad en la exposición de sus tesis que desmontan uno por uno los argumentos contrarios. Menos clara resulta la idea que guía el trabajo de Ann Carmichael sobre el lenguaje de la peste que encuentra en relatos contemporáneos y tratados de peste. El análisis de más de setenta tratados de peste compuestos en latín entre 1360 y 1500 y de un estudio de caso (la peste de Milán entre 1452 y 1522), lleva a esta autora a revalorizar la sintomatología clínica, en especial, la presencia de bubones como el signo patognomónico de peste en el mundo medieval y como argumento para apoyar la etiología de la *Yersinia pestis* para esta pandemia. Sugerente, pero claramente no desarrollada para el caso particular de la peste, resulta la breve contribución de Kay Peter Jankrift que invita a reflexionar críticamente sobre las fuentes y llama la atención sobre la necesidad de hacer estudios regionales comparados para una historia de las enfermedades epidémicas.

El volumen se acompaña de un índice detallado; pero, donde, por esos juegos del inconsciente, falta la entrada correspondiente a ¡Alexandre Yersin!

Vivian Nutton, editor de la monografía, aclaraba en la introducción que el objetivo de este volumen no era fijar una solución sobre la identidad de la epidemia que conocemos como Peste Negra y las magras conclusiones de la discusión confirman la dificultad en llegar a puntos de convergencia, salvo aquellos que señalan la dificultad de la tarea. Imaginemos, sin embargo, que en un futuro próximo se llega a una solución, a favor o en contra. ¿Qué novedosas preguntas de relevancia historiográfica nos plantearíamos en este nuevo escenario? Pienso que ninguna. ■

Fernando Salmón, Universidad de Cantabria

Serge Gruzinski. Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation. Paris: Éditions de la Martinière, Seuil (collection «Points», H358); 2004, 556 p. [Edición ilustrada: Éditions de la Martinière; 2004, 480 p. ISBN 9782846751049, € 35].

Serge Gruzinski suele hacer libros con una estructura especial, donde un prólogo o un epílogo transportan a sus lectores a los momentos de inspiración que la actualidad más inmediata ofreció al autor para fraguar la escritura de cada libro. Lo hizo años atrás en *La guerra de las imágenes* (1990), donde el mundo de Cristóbal Colón en 1492 se relacionaba con el de *Blade Runner* en un —cada vez más cercano— año 2019. Volvió

a hacerlo en *El pensamiento mestizo* (1999) a partir de hechos acaecidos en 1997 en la Amazonía brasileña y en la ex-Alemania del Este. Lo hace en esta, su última obra, cuando evoca una procesión brasileña de 2001, tras los atentados del 11-S, en el prólogo («La Vierge et les deux tours», p. 9-14), y la trilogía fílmica de Matrix en el epílogo («De Matrix a Camoes», p. 441-446) al interpretar el sentido de una proyección mundial simultánea de la película frente a un «puñado de creaciones locales que resisten a la estandarización del espectáculo y del imaginario» (p. 444).

Esta estrategia no está relacionada solamente con una *captatio benevolentia* del lector que encuentra así elementos que le sirven de «atracción» hacia el tema que realmente va a tratar el autor, sino que debe sobre todo ponerse en relación con el juego académicamente heterodoxo que Gruzinski suele proponer a los lectores, sin por ello despegarse ni un ápice del rigor intelectual y la exigencia formal de las publicaciones académicamente más convencionales. No parece necesario confesar la «atracción» que este reseñador siente por este tipo de propuestas. Me limitaré a señalar que la noción de atracción —como se verá al final de estas líneas— forma parte del modo de pensar y de escribir de Serge Gruzinski, de relacionarse con su tema de estudio, de establecer puentes con sus lectores y, en una suerte de autoreflexión, de su manera de interpretar las fuentes históricas que sostienen su edificio interpretativo, en especial las imágenes. La cultura visual es, así, *leit motiv* de sus inspiraciones y espina dorsal de su hermenéutica.

Gruzinski es un historiador que ha desarrollado en los últimos veinte años una de las obras más interesantes y originales relacionadas con las consecuencias de la expansión colonial emprendida por castellanos y portugueses a finales del siglo XV. Su primera brillante aproximación fue *La colonización de lo imaginario* (1988), que fue seguida de la ya citada *La guerra de las imágenes* (1989). Una década más tarde, dio a luz una imprescindible investigación sobre las formas y los mecanismos del mestizaje en el mundo amerindio del siglo XVI, en *El pensamiento mestizo* (1999). A diferencia de estas obras, todas ellas traducidas al español (Fondo de Cultura Económica las dos primeras y Paidós la tercera) y al portugués (Companhia das Letras) esta «historia de una mundialización» referida a la globalización ibérica en manos de «la Monarquía Católica» entre 1580 y 1640 no ha sido todavía traducida ni en castellano, ni en portugués.

¿Puede un indio ser moderno? (p. 22). Las primeras páginas de Gruzinski están dedicadas al Diario que Domingo Chimalpahin, de origen chalca, llevó a lo largo de casi toda su vida y en el que consignaba todo lo que pasaba en México y todo lo que llegaba (en forma de noticia, de personaje o de mercancía) a su ciudad. Es el mundo de finales del XVI y principios del XVII visto desde México. Chimalpahin igual habla de la masacre de frailes en Japón (1597), que de la muerte de Enrique IV de Francia (1610), de las embajadas japonesas que pasan por la ciudad (1610 y 1614, ésta última camino de Roma) o de las explicaciones científicas que circulaban sobre el eclipse de 1611. La primera consideración de Gruzinski es que «el indio Chimalpahin es un escritor mestizo» (p. 29); consciente de ser súbdito del rey más poderoso de la tierra, a quien llama

Cemanahuac Tlahtohuani (señor universal), se (re)presenta a sí mismo como un sabio indígena que ha optado por el cristianismo, marcando distancia de sus huehuetque (ancianos), pero también de los sabios europeos, una «doble distancia» que «es uno de los indicios de esa modernidad planetaria que trataremos de ir delimitando al hilo de estos capítulos» (p. 22).

En efecto, éste es el principal hilo conductor del libro: rescatar para una historia diferente una serie de personajes y espacios sistemáticamente marginados, cuando no ignorados, en la narración eurocéntrica de la modernidad, que se inicia en el Renacimiento. Si modernidad es en el siglo XVI tomar distancia del saber antiguo con respecto a lo que lo que acontece en el mundo, Gruzinski recuerda que «lo que está pasando» es que los ibéricos lo han globalizado, al conectar por vez primera los cuatro continentes (les quatre parties du monde del título del libro). Por eso, a los modernos habría que encontrarlos entre los «expertos» puestos al servicio del imperio ibérico (especialmente en el período 1580-1640, la época de unión de las coronas de Castilla y Portugal). Esos expertos pueden ser europeos, criollos americanos o mestizos como Chimalpahin. A ellos dedica Gruzinski tres capítulos fundamentales en la tercera parte de la obra, titulada «Las cosas del mundo»: los expertos de la Iglesia y de la corona (cap. 7, p. 179-199), los de los saberes del mar, de la tierra y el cielo (médicos, cosmógrafos y pilotos, ingenieros y «propagandistas» de la monarquía (cap. 8, p. 200-220) y «las primeras elites mundializadas» (cap. 11, p. 276-311), encargadas de la expansión política, religiosa, científica, económica y artística del proyecto ibérico.

Las dos partes que preceden a ésta están constituidas por seis capítulos en donde nos presenta con brillantez el logro de «la mundialización ibérica» (primera parte, caps. 1-3, p. 15-84) y los mecanismos por los que los distintos mundos preexistentes se «encadenaron» mediante la acción de marinos, soldados, frailes, médicos, cosmógrafos y comerciantes, especialmente en los nuevos espacios urbanos creados por los colonizadores, escenario principal de las «vías tortuosas del mestizaje» (segunda parte, caps. 4-6, p. 86-175). El material sobre el que se basa son imágenes, personajes y textos gestados en la inmensidad de los espacios del proyecto imperial ibérico, que dio lugar a una nueva geografía del mundo, espacios locales que al aunarse a la dimensión imperial fueron proyectados en lo global. Como siempre en Gruzinski, las imágenes ocupan un lugar medular como fuente de demostración. La expansión ibérica activó una concordancia de tiempos entre Europa, Asia, África, y América que los contemporáneos llamaron Monarquía Católica y que dio lugar a un inmenso arsenal de representaciones en imágenes y textos, generalmente presentados como marginales, exóticos o periféricos por los historiadores.

Pero, en mi opinión, es en los cinco capítulos de la cuarta parte («La esfera de cristal», p. 315-440) donde la capacidad de interpretación sugestiva de Gruzinski alcanza su cima. Una vez descritos los escenarios y los protagonistas de la mundialización ibérica, es necesario desentrañar sus límites, arrojar luz sobre el mecanismo esencial

que la sustenta: el poder imperial y sus bases intelectuales irrenunciables. Existen territorios en donde el mestizaje no tiene lugar, espacios vedados por el poder imperial; la globalización del corpus teórico y del pensamiento abstracto, sobre los cuales se sustenta el imperio, no admite brechas. La planetarización del Renacimiento europeo admitió, ciertamente, el uso de ciertas técnicas locales, pero el resultado debía ser impecablemente occidental. El mestizaje se atenúa, o desaparece, ante las exigencias de las elites urbanas que piden sean aplicadas las convenciones europeas. Entre ellas, Gruzinski da especial relieve a las formas del aristotelismo, los grandes principios del razonamiento, las categorías fundamentales y la idea de naturaleza que impregnan los espíritus, moldean el pensamiento y guían la acción. La occidentalización es una empresa de dominación de otros mundos a través de la colonización, de la aculturación y del mestizaje; como gráficamente escribe Gruzinski: «Globalización y occidentalización son las dos cabezas del águila ibérica». Y lo que se aparta del modelo globalizado es enviado a la categoría de «exótico» o «primitivo». Lo emocionante para el autor (y para este lector) es seguir descubriendo las realizaciones (en cualquier ámbito cultural: la cartografía, la práctica médica, la poesía o al arte religioso) que demuestran cómo en los siglos XVI y XVII fue posible la plasmación de un pensamiento mestizo, fuera de la esfera de la globalización, siempre en los confines de la occidentalización. Realizaciones, que, por ello, no son reconocidas como parte integrante del acervo científico, religioso o artístico de occidente, que no han sido incorporadas a la Historia. Con la ayuda de algunos de ellos Gruzinski nos propone desde hace dos décadas descubrir algunos más e imaginar otra historia diferente.

A lo largo de su obra, Gruzinski se muestra beligerante hacia la historiografía eurocéntrica, pero también hacia otras corrientes alternativas. Desde luego, incita al abandono de las historias nacionales, especialmente en América, pero no sólo, como señala al rechazar la patética ignorancia mutua de los historiadores ibéricos (historias coloniales de españoles sin portugueses y viceversa). Pero también invita a ir más allá de la visión del genocidio de los vencidos y de los discursos engarzados en torno del «Nosotros» y del «Otro»: nociones que, según Gruzinski, son «un producto de la mente de ciertos intelectuales que se benefician del oscurantismo y de académicos adeptos a lanzar modas efímeras». Asimismo, rechaza la *World History* altamente sospechosa de preocuparse por problemas y sucesiones de hechos tejidos en Occidente. En cuanto a la microhistoria (o la micro-etnohistoria) «no ha contribuido nada a ensanchar nuestros horizontes» (p. 33). Por lo que se refiere a otras modas —quizá no tan efímeras— me limitaré a transcribir la nota 65 (p. 450): «Aux États-Unis, depuis les années 1980, les cultural studies, les subaltern studies et les postcolonial studies ont dénoncé une histoire que ne serait que la projection de l'Occident, de ses catégories ou de ses fantômes sur la reste de la planète. Non sans raison ni sans hypocrisie, car l'ethnocentrisme idéologique et linguistique des universités américaines est tout aussi inacceptable pour l'historien européen ou latino-américain».

Gruzinski no niega, sin embargo, que el estudio de la modernidad sea inseparable del de la colonialidad (como en sus obras ha venido insistiendo Walter D. Mignolo). Pero no se trata de algo simple. A lo que se opone su propuesta historiográfica es a «la idea de que existiría una historia del mundo susceptible de integrar los diferentes pasos de las sociedades humanas en el seno de una narración unificada y desde un punto de vista único» (p. 452). No parece impertinente considerar que la historia de la ciencia como narración unificada y de perenne ambición universalista está incluida en este serio cuestionamiento.

La monarquía católica entre 1580 y 1640 es el «teatro de observación» elegido en esta ocasión por Serge Gruzinski. *Les quatre parties du monde* trata de descubrir cómo determinados elementos culturales actuaron de *attracteurs* entre creencias, costumbres o conceptos amerindios, asiáticos, africanos y europeos, dando así lugar a innumerables historias conectadas que conformaron la construcción de las sociedades coloniales ibéricas. Inspirado en esa noción de las *connected histories*, que Gruzinski toma de Sanjay Subrahmanyan, propone su tarea como una actuación «a la manera de un electricista que vendría a reparar lo que los historiadores han desconectado». ■

Josep Pardo, IMF-CSIC, Barcelona

Tara Nummedal. *Alchemy and authority in the Holy Roman empire*. Chicago: The University of Chicago Press; 2007, xvii + 260 p. ISBN 978-0-226-60856-3, \$ 37,50.

Cuenta Konrad Gesner, en su *Thesaurus de remediis secretis* (Zurich, 1552), que la verdadera extracción de la quintaesencia de las flores, hierbas y raíces pasa por recogerlas bien maduras, en tiempo sereno, con luna creciente, ya casi llena; lavarlas y cortarlas cuidadosamente en trocitos; fermentarlas en alambique ciego, dentro de estiércol de caballo, durante un mes; destilar el resultado de la fermentación en un alambique con nariz, en baño María; triturar las heces resultantes y, tras añadir agua destilada, macearlas en estiércol y volver a destilarlas; repetir el proceso una vez más y, acabada la cuarta destilación, colocar todo en un vaso circulatorio cerrado y proceder a destilarlo por quinta vez. Cinco destilaciones consecutivas destinadas a ir eliminando impurezas y seleccionando lo más puro de cada sustancia, su verdadera esencia y razón de ser. Algo similar podría decirse del libro que nos ocupa. Como si de un preparado alquímico se tratara, *Alchemy and authority in the Holy Roman empire* es el resultado de las sucesivas purificaciones que se han ido haciendo en la historia de la alquimia. Atrás quedan los difíciles tiempos en los que Walter Pagel, Frances A. Yates, Allen G. Debus o

Betty Jo Teeter Dobbs navegaban solos en los entonces procelosos mares alquímicos, intentando dar entidad a una disciplina que, en el mejor de los casos, era tachada de esotérica. Debus, último representante vivo de esa generación pionera, me comentaba hace apenas cuatro meses el orgullo y la satisfacción que sentía al ver la larga lista de participantes en la Conferencia Internacional Chymia. Science and Nature in Early Modern Europe (1450-1750), celebrada en El Escorial el pasado mes de septiembre, donde se reunían expertos venidos de todo el mundo con el único objetivo de hablar de alquimia. Expertos entre los que se encontraba la autora del monográfico que hoy reseño, Tara Nummedal, destacada representante de la última hornada de historiadores de la alquimia que están colocando esta disciplina en el verdadero lugar que le corresponde dentro de la historia de la ciencia.

Fruto de laboriosas investigaciones en diferentes archivos alemanes, *Alchemy and authority in the Holy Roman empire* nos ofrece un interesante fresco de lo que fueron las prácticas alquímicas en las diferentes cortes y estados que, durante los siglos XVI y XVII, conformaron el Sacro Imperio Romano Germánico. Siguiendo la estela pionera de Bruce T. Moran (*The alchemical world of the German Court: Occult philosophy and chemical medicine in the circle of Moritz of Hessen (1572-1632)*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag; 1991) y Pamela H. Smith (*The business of alchemy: Science and culture in the Holy Roman empire*. Princeton: Princeton University Press; 1994) Tara Nummedal utiliza la historia de Philipp Sömmerring (ca. 1540-1575), alquimista al servicio del duque Julius de Braunschweig-Wolfenbüttel, como telón de fondo sobre el que proyectar el curioso entramado que tejió la práctica alquímica con la política, la sociedad, la economía y la ciencia practicada en la Europa Central de la Edad Moderna.

La obra se encuentra dividida en seis capítulos, correspondientes a otras tantas temáticas que tienen la alquimia como eje central. El primer capítulo (*Assembling expertise*) plantea la forma en que alguien podía llegar a ser alquimista en la Edad Moderna. Puesto que la alquimia se encontraba fuera de los gremios y de las universidades, las dos instituciones que durante el periodo señalado se encargaban de la enseñanza, el adiestramiento alquímico se vio en la necesidad de seguir otros circuitos alternativos, entre los que destacan la lectura de libros y manuscritos especializados o el contacto con otros conocedores del arte. Minas y boticas se transformaron en los primeros escenarios de aprendizaje para futuros alquimistas, debido a la similitud de las técnicas empleadas; mineros, orfebres, médicos y boticarios fueron algunos de los primeros maestros.

El segundo capítulo (*The alchemist's personae*) explora la evolución del término «alquimista», desde la concepción medieval de artesano, estudioso o incluso profeta hasta una evolución negativa que, en pleno siglo XVI, hace del alquimista un criminal corrupto e impostor. En efecto, desde el siglo XIII se va desarrollando un discurso en torno a la relación entre alquimia y fraude cuyo origen se encuentra en la imagen que los propios alquimistas quisieron crear de ellos mismos como verdaderos imitadores de la naturaleza. Se trata de un aspecto que está despertando gran interés entre los

estudiosos de la alquimia moderna, centrado en la vinculación de la alquimia con el arte y la imitación de la naturaleza, y que tiene entre sus principales aportaciones los estudios realizados por William R. Newman (*Promethean ambitions: Alchemy and the quest to perfect nature*. Chicago: University of Chicago Press; 2004) y Pamela H. Smith (*The body of the artisan: Art and experience in the scientific revolution*. Chicago: University of Chicago Press; 2004).

El tercer capítulo (*Entrepreneurial alchemy*) se dedica al estudio de las motivaciones e intereses que tuvieron los mecenas del siglo XVI a la hora de patrocinar a los muchos alquimistas que proliferaron por toda Europa. Príncipes y mercaderes fueron, con diferencia, los más destacados patronos de alquimistas que decían poseer el secreto para transmutar metales o producir medicinas milagrosas. En gran medida, fueron estos mecenas los que avivaron el fuego que mantuvo activo el mercado de la alquimia durante toda la Edad Moderna, creando una demanda de artífices y expertos que circulaban de una corte a otra con una facilidad que, aún hoy, no deja de sorprendernos. Objetivo central del capítulo es demostrar que la alquimia fue atractiva para estas elites políticas y financieras no sólo como idea sino como tecnología de la que obtener beneficios económicos. De esta forma, la transmutación alquímica deja de ser una quimera y se transforma en una técnica real con potenciales resultados económicos y políticos, una «invención» que puede ser considerada como propiedad intelectual que poseer y ofrecer para su venta. Estamos, pues, ante una nueva faceta de la alquimia, que nada tiene que ver con la visión «cósmica» que tenía Paracelso o muchos de los artífices reunidos en la Praga de Rodolfo II, ejemplo paradigmático al que todos los estudiosos de la alquimia cortesana recurren una y otra vez.

El cuarto capítulo (*Contracting the philosophers' stone*) profundiza en la relación que se establece entre patronos y alquimistas. Nummedal nos ofrece una apasionante visión sobre la difícil tarea de encontrar un patrono en la Europa de la Edad Moderna, cómo acceder a ellos a través de cartas o intermediarios encargados de explicar la valía del ofrecimiento y, una vez logrado el acceso real, la forma en que se debía superar la última prueba, la demostración del arte, paso previo a la firma del ansiado contrato entre ambas partes.

El quinto capítulo (*Laboratories, space, and secrecy*) analiza el espacio físico en el que se van a llevar a cabo las transmutaciones. ¿Cómo era un laboratorio alquímico en la Edad Moderna? Las fuentes a las que se ha recurrido tradicionalmente son las pinturas de artistas, principalmente de Brueghel, donde se hacen representaciones más o menos idealizadas que poco o nada tienen que ver con lo que fue un laboratorio alquímico real. A partir de los numerosos documentos conservados en archivos y bibliotecas, Nummedal nos aproxima a algunos de los más destacados laboratorios alquímicos que funcionaron en las principales cortes alemanas de la época. Centros especialmente diseñados para la tarea alquímica, divididos en diferentes estancias donde se desarrollaban diferentes facetas del arte: transmutaciones metálicas, preparación de quintaesencias o destilaciones de aguas medicinales.

El sexto y último capítulo (*Betrüger on trial*) estudia los procesos abiertos contra diversos alquimistas que, tras haber pasado todos los trámites señalados, fueron incapaces de cumplir con el contrato firmado. Procesos que se enmarcan en una tradición legal que remonta sus orígenes al siglo XIII y que juzga a los alquimistas no por la actividad que realizaban sino por el fraude que cometían al no cumplir con lo pactado.

Escrito de una forma amena y didáctica, con un estilo impecable y un conocimiento profundo de las fuentes, tanto primarias como secundarias, *Alchemy and authority in the Holy Roman empire* es el vivo ejemplo de la categoría intelectual de su autora. Una historiadora que no ha escrito un libro más sobre historia de la alquimia, sino que ha incorporado la alquimia a la historia cultural de la Edad Moderna. Una buscadora de datos que conoce la importancia de encerrarse durante años en perdidos archivos y bibliotecas, rescatando informes y reportes, cartas y contratos, documentos que nos hablan de la verdadera historia, de cómo fue y quién la gestó. Una verdadera conocedora del arte de separar lo puro de lo impuro, extractando lo verdaderamente importante y relatándolo en apenas doscientas páginas pues, como dijo Baltasar Gracián, «lo breve, si bueno, dos veces bueno». Cuando un profano en la materia pasa la última página de *Alchemy and authority in the Holy Roman empire* comprende que «eso de la alquimia» nos es obra de cuatro pirados encerrados en sus oscuros laboratorios subterráneos, rodeados de fuego y humo en busca de la mítica piedra filosofal. Ya va siendo hora de que se coloque la alquimia en el lugar que le corresponde, dejando de lado falsos mitos y creencias. A fin de cuentas, nos dice Tara Nummedal, «if Isaac Newton took alchemy seriously, so must we». ■

Mar Rey Bueno, Sociedad Española de Historia de la Alquimia

■ **Didier Kahn. Alchimie et paracelsisme en France à la fin de la Renaissance (1567-1625).** Genève: Droz [Cahiers d'Humanisme et Renaissance, Vol. 80]; 2007, 806 p. ISBN 9782600006880, € 86,48.

Aún sin que el propio autor sepa si finalmente habrá editados tres o cuatro volúmenes, aparece el primero de ellos, perteneciente a su Tesis Doctoral, defendida casi diez años antes, en 1998 y en la Universidad de Paris IV. Ello da muestra de dos cosas referentes al autor y a la obra. Por un lado, Didier Kahn, vuelve a dar muestras de ser un investigador extremadamente meticuloso (aunque lo primero lleve implícito lo segundo, hay ocasiones en que no se cumple), capaz de manejar una cantidad de documentación ingente y de gestionarla con una habilidad como pocas veces se ha

visto, capaz de producir unos resultados, no sólo fructíferos, sino también duraderos en una disciplina como la Historia de la Ciencia, en constante evolución. En la actualidad, Kahn ha traspasado su propio ámbito de historiador de la Alquimia y se ha convertido en una reconocida autoridad internacional, de referencia indispensable. La Historia de la Alquimia se ha convertido en un vigoroso campo académico. Desde que el oscuro lenguaje hermético de los alquimistas está siendo descifrado, los historiadores están alcanzando a analizar las conexiones intelectuales entre esta disciplina y otras facetas de la historia de la cultura occidental, como la sociológica, la psicológica, las de las comunidades intelectuales, incluso la evolución de la Ciencia y la Filosofía. El impacto cultural de la alquimia y su innegable trasfondo histórico han provocado que muchos historiadores de la ciencia aborden la Historia de la Alquimia desde unos novedosos puntos de vista. Nuevos componentes como el papel del artesano como conocedor de unas técnicas y unas artes propias; el comercio material e intelectual; la alquimia como un componente más para el ejercicio del poder político, o la continua aparición de nuevos textos, además del creciente apoyo universitario hacen de la Historia de la Alquimia una disciplina actualmente en auge. Si a esto añadimos que los historiadores, jóvenes o más mayores, comparten entre sí una estupenda relación, aumentada con el intercambio continuo de información, la situación que aparece por delante se puede calificar de ideal. Con todo, esta comunidad sigue colocando, por motivos obvios al leer el texto que ahora nos ocupa, a Didier Kahn, junto a otros dos grandes historiadores en camino de su «beatificación» como sabios, cuales son Carlos Gilly y Joachim Telle, como jugadores de otra Liga, mientras el resto estamos gustosos de jugar en una magnífica Segunda División. En cuanto a la materia del libro que reseñamos, dos son los aspectos que se analizan, la Alquimia y el Paracelsismo, que, si bien pueden ser estudiados separadamente, cuando se tratan de forma conjunta revelan un impacto, una realidad histórica tremenda e innegable. Los efectos generados por ambos elementos durante la Edad Moderna europea son de un calado tal que merecen un estudio como el que hace Didier Kahn.

El libro está dividido en una introducción y cuatro partes, más una impresionante bibliografía de unas ciento cincuenta páginas. La Introducción General hace honor al nombre y delimita el terreno, amplio, por el que Kahn nos va a llevar. Con la valentía habitual de quienes dominan por completo el tema que van a tratar, el autor nos pone enfrente, y de entrada, las cuestiones más espinosas: ¿Qué es la Alquimia y qué no es?; el Paracelsismo operativo y su único enlace, la Medicina; y la cuestión de la renovación paracelsista. Es esta última, a mi juicio, la más importante de todas, ya que mientras no es un logro que haya Alquimia, ni tampoco que Paracelso, como médico en el dintel del Humanismo, sintiera a la vez la esclerosis crónica del Galenismo y la necesidad de ejercer su profesión con un aire fresco (muchos otros ya lo intentaban y lo hacían, cada uno a su manera), ni incluso suponía un triunfo nuevo el acercamiento de la Medicina a la Alquimia, sí que lo fue (y hasta extremos que ni él mismo pudo imaginar) la renovación que se generó en su alrededor. Tal renovación, más allá de

toda la turbulencia inmediata, se transformó en un proceso cuya dimensión abarcó no sólo a la Medicina, sino a la Ciencia y, por extensión al Pensamiento y la Cultura. La parte más interesante de dicho proceso de renovación se dio en Francia y en los años que Didier Kahn abarca en este libro: 1567-1625. Es la historia de un éxito, cuya clave estuvo en que se logró renovar, más allá de la Medicina, algo indispensable: el lenguaje. Y con un lenguaje nuevo, profundamente asumido por los paracelsistas galos, sólo era posible el diálogo y el entendimiento entre los que lo hablaban y lo entendían, no con aquéllos que se obstinaban en establecer una comunicación usando una *frecuencia* diferente. Eso era imposible.

En el resto del libro, el autor va recorriendo un camino desde lo general a lo particular. Así, en la primera, trata del origen y desarrollo de los impresos de Alquimia en Europa y luego en Francia. En la segunda aborda la llegada del paracelsismo a Francia, y la particular relación que se establece con la Alquimia. En la tercera parte, aborda el arranque del problemático proceso de asimilación de las ideas paracelsistas en el país galo; y la cuarta parte analiza algunos aspectos particulares, como el de la Literatura y el de la Religión, que tuvieron lugar allí.

En definitiva, estamos ante otro buen ejemplo de la situación actual de la Historia de la Alquimia a nivel internacional. Las lógicas tensiones iniciales sufridas, como efecto de su primera introducción como disciplina independiente y profesional, han sido hoy atenuadas debido a una creciente madurez de los trabajos académicos y la aceptación de una metodología unificada. Desde la última década hasta nuestros días, se ha llegado a un estado sorprendentemente agradable y fructífero, mejor que nunca, diría yo. Un nutrido grupo de historiadores ha colocado a la Historia de la Alquimia en una posición susceptible de dotar su objeto de estudio, la Alquimia, con la entidad suficiente para poder arrojar mucha luz sobre la Edad Moderna, especialmente sobre el espectacular siglo XVII. Con este libro podremos comprobar que las fases hacia la madurez de la Historia de la Alquimia se han cruzado exitosamente, que los obstáculos han sido todos salvados gracias a la aplicación de una enorme dosis de coraje y optimismo. Junto a Didier Kahn, otros reconocidos historiadores, como Lawrence Principe, William Newman, Pamela Smith, Bruce Moran, William Eamon, o Antonio Clericuzio, por mencionar sólo a algunos de ellos, han conseguido algo nunca antes visto. Si aún no tenemos una imagen certera de los siglos XVI y XVII, con todos sus componentes bien calibrados, sí podemos imaginar un siglo de estos dos como un cuadro puntillista, donde cada color es indispensable para ver el todo, todos ellos, Kahn incluido, tienen sus colores preparados y los pinceles en la mano. Su importante contribución a este cuadro puntillista es, hoy por hoy, de total ayuda para poder ofrecer una mejor imagen. ■

Miguel López Pérez, Sociedad Española de Historia de la Alquimia

Lawrence M. Principe, ed. *New narratives in eighteenth-century chemistry.*

Dordrecht: Springer; 2007, xii + 200 p. ISBN 978-1-4020-6273-5, \$ 110,66.

Este nuevo número monográfico de la serie Archimedes recoge las aportaciones discutidas en el congreso celebrado en abril de 2005 en California. Está dedicado al estudio de la química del siglo XVIII, un tema que ha merecido la atención de los historiadores desde hace ya algunas décadas. Por un lado, los trabajos de Frederic L. Holmes, Bernadette Bensaude-Vincent, Ursula Klein, Ferdinando Abbri y otros han permitido un cambio de perspectiva que ha conducido a abandonar la imagen de Antoine Lavoisier como padre fundador de la química. El lector acostumbrado a este tipo de literatura heroica se mostrará sorprendido del escaso papel que juega Lavoisier en las páginas del libro reseñado. La química del siglo XVIII ha dejado de ser estudiada solamente en función de los acontecimientos de finales del siglo (teoría del flogisto, química neumática, etc.), para pasar a constituir un área de estudio propia, con su particular colección de problemas, personajes y fuentes históricas. Además, los estudios históricos sobre la alquimia y la «chymia» moderna (como los realizados por William Newman, Lawrence Principe, Antonio Clericuzzio, etc.), han ofrecido nuevas perspectivas de análisis al reconsiderar la interpretación de los siglos inmediatamente anteriores. La introducción de Lawrence Principe ofrece una interesante reflexión sobre las consecuencias de estos cambios, sugiriendo la provocativa idea de una revolución silenciosa que sitúa entre 1675 y 1725. Según Principe, esta revolución apenas percibida por los químicos-historiadores, afectó a varios aspectos de la química: los objetivos y las aplicaciones, el estatus y las ocupaciones de sus cultivadores y las innovaciones teóricas basadas en nuevas prácticas experimentales. Principe considera tan peligrosas las narraciones centradas en la obra de Lavoisier como las interpretaciones que establecen escuelas enfrentadas («newtonianos» frente a «cartesianos») en la química de principios del siglo XVIII. Esta perspectiva resulta particularmente inadecuada para analizar las investigaciones desarrolladas en los laboratorios del siglo XVIII, un espacio donde las lecturas filosóficas tuvieron menos peso que las prácticas experimentales, y donde los objetivos perseguidos fueron, por lo general, «híbridos», es decir, tal y como señala el capítulo de Ursula Klein, a caballo entre el mundo académico y los intereses comerciales o los fines terapéuticos. Al cuestionar la imagen de Homberg o Lemery como «químicos cartesianos», Principe no pretende afirmar que los trabajos de estos autores fueran puramente empíricos. Por el contrario, a través de ejemplos, Principe defiende que los historiadores deben tratar de entender las cuestiones teóricas que trataban de resolver los químicos del siglo XVIII, lo cual es un objetivo especialmente complejo porque el marco teórico no suele aparecer explícito en la mayor parte de los trabajos, lo que produce la apariencia de mera descripción de resultados variopintos y fenómenos curiosos, sin ningún orden ni concierto.

Todos estos temas apuntados por Principe se encuentran más o menos presentes en los artículos que aparecen en este libro. En primer lugar, las transformaciones de la química de principios del siglo XVIII son analizadas por Kevin Chang a través de un estudio de las cambiantes ideas de Georg E. Stahl sobre la alquimia. El médico alemán, más conocido por su teoría del flogisto, pasó a lo largo de su carrera de partidario a detractor de la alquimia, un recorrido que siguieron muchos otros autores de esa época. Chang aprovecha este episodio para analizar la relación de Stahl con sus editores y las confusiones que ha producido la publicación tardía de sus lecciones. Los siguientes dos artículos están dedicados a Herman Boerhaave. El primero, realizado por John C. Powers, recoge las conclusiones de la tesis doctoral del autor, donde analiza el concepto de «elemento-instrumento» en la obra del autor holandés, con particular atención a su papel didáctico, dada la gran influencia que ejercieron las lecciones de Boerhaave en toda Europa. El otro capítulo está firmado por Rina Knoeff y desarrolla la tesis —ya defendida en su libro *Herman Boerhaave: Calvinist, chemist and physician*, Amsterdam, 2002— sobre la relación entre el pensamiento religioso de Boerhaave con su obra científica. En este caso, Knoeff trata de mostrar cómo la fuerte influencia de los textos hipocráticos en Boerhaave puede explicarse por una interpretación de los mismos que encajaba perfectamente en el pensamiento calvinista holandés en cuestiones tales como la lectura de la Biblia, la providencia y la observación meticulosa.

Los tres siguientes capítulos mueven el foco de atención a la mitad del siglo XVIII. El trabajo de Bensaude-Vincent y Christine Lehman, basado en la tesis doctoral de esta última, ofrece una visión panorámica de un sorprendentemente elevado número de cursos públicos de química realizados en Francia a mediados del siglo. Las autoras han recopilado información sobre más de veinticinco cursos celebrados en once ciudades francesas por un número semejante de autores, la mayor parte de ellos poco conocidos hasta ahora. Las autoras reconstruyen la biografía colectiva de estos profesores y demostradores, sus cambiantes públicos y las prácticas pedagógicas asociadas, sugiriendo la necesidad de revisar las imágenes habituales (generalmente basadas en la física experimental) sobre el papel del experimento en las aulas. El otro trabajo, el más extenso del libro, ha sido realizado por Ursula Klein y está dedicado a los farmacéuticos alemanes de esos años. El principal objetivo de Klein, que ha desarrollado en un trabajo más reciente, (U. Klein; W. Lefevre. *Materials in eighteenth-century science. A historical ontology*. Cambridge; 2007), es describir la cultura «híbrida» del «químico-boticario» del siglo XVIII, a medio camino entre el mundo académico y el artesanal. Klein ofrece una buena reconstrucción del aprendizaje farmacéutico (empleando a menudo textos autobiográficos), así como de la cultura material y las prácticas experimentales de la botica. También analiza el papel de los viajes de estudios y la aparición de las revistas químico-farmacéuticas (que no se limitó a los famosos *Annalen de Crell*). Finalmente, ofrece una tipología de los «químicos-boticarios» y centra su atención en las biografías de A. Marggraf y M. Klaproth.

El siguiente capítulo aborda otros usos de la química a mediados del siglo XVIII, esta vez en el terreno de la agronomía, a través de los estudios realizados en Escocia por James Anderson. Su autor, Matthew Eddy, afirma que la «fluidez intelectual» y la permeabilidad de las fronteras disciplinares permitió una constante «migración» de conceptos entre la medicina, la agricultura, la geología y la química. Para mostrarlo, Eddy emplea un gran número de fuentes, incluyendo los cuadernos de estudiantes de Anderson, que son una fuente también relevante en el artículo de Bensaude y Lehman, ya citado. Finalmente, el último capítulo lo firma un autor también suficientemente conocido, Trevor H. Levere, que vuelve sobre uno de sus temas favoritos: la obra químico-médica de Thomas Beddoes, una personalidad excepcional para estudiar muchos aspectos de la revolución química. Levere resume la «conversión» de Beddoes a la nueva química y su conocido proyecto de «medicina neumática», a través de la creación de la *Pneumatic institution*, un centro destinado a investigar las propiedades curativas de los gases recientemente descubiertos. Aunque el proyecto tuvo corta duración, sirvió, entre otras cosas, para que Humphry Davy iniciara su brillante carrera como químico.

El libro se cierra con unas conclusiones de Seymour Mauskopf que sirven de contrapunto a la introducción de Lawrence Principe. Se trata ahora de un historiador que ha centrado su atención en la parte final del siglo XVIII, con especial atención a las investigaciones sobre la pólvora y los trabajos de Louis Proust. Al contrario de Principe, la reflexión historiográfica de Mauskopf gira en torno a las consecuencias que el libro reseñado tiene sobre la imagen de la revolución química. Una vez que Lavoisier ha sido desbancado como protagonista principal y se ha ampliado el número de escenarios, problemas y actores históricos, queda por dilucidar cual será la nueva reconstrucción global de los acontecimientos, la nueva *big picture* de la química de finales del siglo XVIII. Es una cuestión complicada, que ha sido objeto de discusión por parte de historiadores de la ciencia de otros períodos y disciplinas. La proliferación de estudios locales, la ampliación de las fuentes y las cuestiones analizadas, el creciente número de personajes hasta ahora desconocidos, el abandono de las narraciones heroicas y la ampliación espacial y temporal de los temas, entre otras cuestiones, han complicado la creación de grandes síntesis en historia de la ciencia. El libro aquí reseñado permite reflexionar sobre este asunto desde múltiples puntos de vista pero me limitaré a dos cuestiones que recorren la obra. En primer lugar, la aparición de un gran número de personajes escasamente conocidos que desarrollan actividades como la farmacia, la medicina, la agronomía, la enseñanza y las demostraciones públicas, la construcción de instrumentos, etc. Además, autores como Stahl y Boerhaave, que eran los únicos protagonistas de las narraciones tradicionales, son ahora analizados desde nuevas perspectivas, ya no centradas en los acontecimientos de finales del siglo. La ampliación de personajes y la reconsideración del papel de los protagonistas de las narraciones históricas conducen a una segunda reflexión que mencionan los autores del libro. La vieja historia disciplinar, desarrollada por químicos-historiadores en busca de los orígenes de los conceptos básicos de su ciencia, ha perdido totalmente vigencia. Los lectores

del libro se verán obligados a cruzar constantemente unas fronteras disciplinares muy diferentes a las actuales. Prácticamente ningún artículo puede ser encuadrado en una historia disciplinar concreta, ni siquiera en lo que habitualmente se considera «historia de la química». Esta es una tendencia muy saludable, que ha permitido enriquecer el campo de estudio, como muestran libros como el que ahora analizamos. Su principal rival no es la historia académica, donde apenas cuenta con partidarios serios, sino la memoria histórica que comparten muchos científicos, la cual sigue basada en una tradición de momentos fundacionales y personajes heroicos contruidos durante el siglo XIX y XX. Este es, probablemente, el otro gran reto de los autores del libro: transformar sus estudios particulares en una narración que pueda ser enseñada y comprendida por un público amplio, más allá del reducido círculo de especialistas que leerán un libro como el que hemos analizado. Y no sólo por sus contenidos, sino también por su precio desorbitado, lo que viene siendo una lamentable práctica de algunas editoriales privadas en los últimos años. La edición electrónica y los proyectos de acceso libre al conocimiento ofrecen nuevas formas de publicar los resultados de la investigación especializada, manteniendo el nivel académico, el rigor y los filtros de calidad necesarios, pero sin depender de los intereses económicos de unas pocas multinacionales. ■

José Ramón Bertomeu Sánchez, Universitat de València

George K. York and David A. Steinberg. An introduction to the life and work of John Hughlings Jackson with a catalogue raisonné of his writings. London: The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL [Medical History, Supplement nº 26]; 2006, viii + 157 p. ISBN 0-85484-109-1; 978-0-85484-109-7, € 52.

La revista *Medical History* dedicó el suplemento número 26 a la publicación de este interesante estudio biobibliográfico sobre el neurofisiólogo británico John Hughlings Jackson (1835–1911), a quien debemos no sólo la descripción de un tipo de epilepsia conocido bajo su epónimo, sino también el establecimiento del marco conceptual y metodológico de la neurofisiología clínica que revolucionaron el diagnóstico neurológico y permitieron el desarrollo de una neurología científica. Su máxima contribución fue la aplicación de las teorías evolucionistas contemporáneas —muy especialmente, la adaptación de la teoría de la evolución de Herbert Spencer— a la neurofisiología y al estudio de la enfermedad neurológica.

La obra que estamos comentando es resultado de la labor realizada por dos doctores —George K. York, neurólogo consultor (*Stockton Medical Center* de California) y

David A. Steinberg, matemático (*School of Mathematical Sciences* de la Universidad de Tel Aviv), investigador en esos momentos de las bases matemáticas y físicas de las nuevas tecnologías de diagnóstico de imagen—, que se sintieron atraídos por la historia de las ciencias —frecuentemente expuesta bajo forma de biografías de científicos— y, muy especialmente, por el origen y desarrollo del diagnóstico neurológico y la neurología científica. Esa atracción motivó el inicio de un estudio que reveló rápidamente el papel clave de los trabajos de John Jackson en la neurología de los siglos XIX y XX, razón por la que este neurólogo se constituyó en el centro de la cuidadosa investigación realizada por G. York y D. Steinberg.

El volumen, que pretende poner en manos de los lectores y futuros investigadores un rico material sobre la actividad científico-profesional de Jackson, se ha estructurado en dos partes. La primera de ellas es «una introducción a la vida y obra de John H. Jackson», mientras que la segunda —y más extensa— es un catálogo razonado de sus trabajos. La obra se completa con dos apéndices y un útil índice temático. El Apéndice 1 recoge los folletos de este neurofisiólogo contenidos en la biblioteca médica Rockefeller del Instituto de Neurología (UCL), y el Apéndice 2 sus manuscritos no publicados, que se conservan también en la citada institución.

El carácter sintético que posee la primera parte no le resta valor. De hecho, las pinceladas biográficas y la información sobre la formación recibida por Jackson en Yorkshire, Londres y Edimburgo, sus sucesivas acreditaciones para trabajar en dichos lugares y los profesores relevantes con los que se relacionó, permiten que el lector tome conciencia de la influencia que dichas figuras —como el profesor de Edimburgo, Thomas Laycock o Charles E. Brown-Séquard, pionero de la neurofisiología— pudieron ejercer en el trabajo posterior del neurólogo británico, y facilitan también la comprensión y valoración de sus aportaciones dirigidas a la aplicación clínica. Es precisamente a estas últimas a las que los autores han concedido mayor extensión en el estudio introductorio. Así las páginas siguientes dan paso sucesivo a la exposición de los rasgos característicos del método neurológico de Jackson y de sus principales aportaciones teóricas, pudiéndose advertir el proceso de construcción y maduración de algunas de ellas y la evolución registrada en sus principales ideas. La lectura atenta de estas páginas informa al lector de su concepción química de la descarga epiléptica —y no eléctrica, como han señalado otros autores—, y de su origen en el córtex —considerado inexcitable por el pensamiento convencional—, así como de la importancia que tuvo su descripción del inicio del ataque epiléptico en diferentes partes del cuerpo —por cuanto implicaba que comenzaba en distintas partes del sistema nervioso— o de la evolución de los movimientos ictiales a lo largo del cuerpo durante el ataque por cuanto ello suponía la demostración de la representación somatotópica del cuerpo en el sistema nervioso. Los autores del estudio muestran bien cómo todo esto implicó desbancar la vigente teoría de que todas las partes del sistema nervioso eran funcionalmente equipotenciales y validaba el concepto clínico de que el análisis del desarrollo temporal de un déficit neurológico focal es útil para el diagnóstico. Queda bien manifiesto, también en

esta primera parte del trabajo, la concepción jacksoniana del sistema nervioso como una máquina sensoriomotora, cuya función estaría controlada, pero no por un agente inmaterial como era admitido entonces. La explícita y fructífera aplicación que hizo Jackson de los principios de la teoría de la evolución a la investigación de la epilepsia aparece muy bien reflejada a lo largo de las páginas del estudio introductorio de la obra que estamos comentando, así como el reconocimiento de su trabajo por algunas figuras de la neurología como Charcot.

Como cierre de la primera parte se incluye un pequeño apartado en el que se expone cómo procedieron los autores del estudio para construir y organizar el catálogo bibliográfico que constituye la segunda parte, así como un pequeño análisis de la producción bibliográfica y algunos datos prácticos que facilitan al lector la identificación de la bibliografía reseñada en el catálogo. Con todo ello la primera parte se constituye en una herramienta útil y apropiada para comprender y aprovechar mejor el contenido de la segunda.

El «catálogo razonado de los trabajos de John Hughlings Jackson», segunda parte de la obra que venimos comentando, recoge en sus más de cien páginas todos los trabajos del autor, salvo las cartas escritas a mano dirigidas a familiares que están en manos privadas. Dicho catálogo, organizado cronológicamente, incluye también muchos de los trabajos y publicaciones sobre Jackson que aparecieron en las revistas médicas británicas durante su vida. Hay que felicitar la labor exhaustiva que han realizado los autores del estudio para localizar, catalogar y organizar los 537 trabajos realizados por o sobre Jackson entre 1861 y 1911. Por un lado, esta labor ha permitido la identificación de 84 nuevas aportaciones de este neurólogo desconocidas hasta ahora, y, por otro, va a facilitar la labor de quien desee conocer mejor la obra de Jackson y/o iniciar nuevas investigaciones sobre su figura, sus principales contribuciones al desarrollo de la neurología y otros aspectos científico-profesionales, como su participación en la *Ophthalmological Society* del Reino Unido y la *Medical Society* de Londres o la recepción de sus trabajos en otros colectivos médicos.

La bibliografía contenida en el libro aclara también algunos aspectos de la personalidad de Jackson en sentido contrario al retrato realizado por sus biógrafos anteriores. De hecho, se desvanece esa idea de científico solitario, aislado y modesto y emerge una imagen de un médico ambicioso profesional e intelectualmente, con escaso interés cultural más allá de la ciencia, que disfrutó de la compañía de otros médicos, participó en numerosos congresos médicos en Londres, fue elegido presidente de, al menos, cuatro sociedades médicas y fue el primero en firmar la carta de protesta cuando la plantilla médica del *National Hospital for the Paralysed and Epileptic* de Londres presentó una denuncia pública contra la dirección del hospital.

A tenor de lo que se ha ido exponiendo parece evidente el acierto de la obra que venimos comentando, por cuanto nos acerca a la figura del neurólogo Jackson desde una perspectiva más completa, desmintiendo algunos datos erróneos e informaciones anteriores e iluminando algunos aspectos que habían permanecido oscuros.

Y ello lo hace, por un lado, desde una cuidadosa y sintética biografía que ha otorgado un lugar relevante a la presentación de las principales aportaciones teóricas que fue efectuando Jackson, encuadrándolas en el contexto en el que se produjeron. Y, por otro, desde la extensa bibliografía de y sobre esta importante figura de la neurología contemporánea, que es fruto de una exhaustiva labor de investigación, compilación, catalogación y ordenación. Cabe, por tanto, felicitar a G. York y D. Steinberg por la calidad y oportunidad de su aportación, por cuanto han conferido nueva actualidad a este importante neurofisiólogo clínico que se hizo eco inmediato de los principios de la teoría de la evolución y los aplicó a la neurofisiología —y, muy especialmente, a la investigación de la epilepsia— con un fructífero resultado. Quizás cabría hacer una pequeña crítica a la edición y es la omisión en el título de las fechas de nacimiento y muerte de Jackson pues, aunque se trate de una figura tan conocida, la obra habría quedado más redonda con la inclusión de dichas fechas.

En suma, creemos que una edición como la comentada es una útil herramienta para facilitar la labor de historiadores de la medicina —y, muy especialmente, de la neurología—, pero, también, la de quienes se interesen en conocer mejor la figura de Jackson y sus principales contribuciones en el terreno científico y/o profesional. ■

María Isabel Porras Gallo, Universidad de Castilla–La Mancha

Claudia Mónica García. Las «fiebres del Magdalena». Medicina y sociedad en la construcción de una noción médica colombiana, 1859-1886. Bogotá: Instituto de Salud Pública-Universidad Nacional de Colombia; 2006, iii + 173 p. ISBN 978-958-701-750-2, COL \$ 20,000.

El material científico de este libro proviene de la tesis con mención laureada que leyó la autora en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia dirigida por la socióloga Diana Obregón. Su tema general es el origen del conocimiento científico, médico particularmente, tratado desde la perspectiva del socioconstructivismo. Temas subsidiarios son la geografía médica colombiana, el debate historiográfico centro-periferia y la profesionalización de la medicina en Colombia.

El contenido está estructurado en introducción y seis capítulos de exposición a los que siguen los apartados de conclusiones, bibliografía y un índice de figuras, cuadros, tablas y mapas.

El texto nos lleva en principio a la nosología que sostenían médicos colombianos de mediados del siglo XIX que, en el caso de las fiebres, amalgamó el empirismo clínico y novedades del empirismo anatomo-patológico francés con los paradigmas neohipo-

cráticos y los desarrollos autóctonos de topografías médicas. El dominio sobre lo local pretendía además, en opinión de la autora, mejorar las expectativas de legitimación social de los médicos.

Analiza luego los idearios de la elite dirigente colombiana respecto a su proyecto de país en el que pugnaron el modelo productivo tradicional latifundista y los anhelos de un orden mercantil moderno; también respecto a la mala índole del clima cálido, un supuesto extendido desde los tiempos coloniales. En este contexto algunos médicos del centro del país fijaron su atención en las «calenturas» endémicas de las riberas altas del río Magdalena, que, en su forma de enfermedades epidémicas, producían una mortalidad alarmante, precisamente allí, donde los cultivos de tabaco y añil dedicados a la exportación tenían ahora un éxito económico sin precedentes. La tesis de este libro defiende que los médicos reformularon sus teorías científicas según las necesidades ideológicas, económicas y gremiales de aquellos debates.

En los capítulos siguientes ahonda el texto en detalles de los acontecimientos que rodearon la aparición y consolidación de la noción médica nueva (y colombiana) de las «fiebres del Magdalena». Revisa las publicaciones que la trataron, los contenidos que la configuraron, su incursión académica y vigencia práctica de dos décadas. Termina con el análisis de la decadencia de la noción médica, que es concurrente con el ascenso de la teoría microbiana, pero, asimismo, coincidente con la extinción de los intereses de clase vinculados a su formulación por los médicos capitalinos.

El libro puede juzgarse como modesto en el alcance de sus declaraciones, pero es en esa pequeña escala, a mi entender, donde radican sus méritos: inserta a figuras médicas en las realidades cotidianas que marcaron sus decisiones profesionales y sus procesos cognoscitivos; rescata la epidemiología descriptiva que entonces hicieron como un saber de neto alcance regional, concordante con las dinámicas de un territorio inconexo dentro sí y con el exterior. Es en fin, un relato que logra reproducir el ambiente científico de una época en que las fiebres fueron consideradas, por la clase social dirigente, como un obstáculo mayor a rendir para la explotación de la riqueza natural del país.

La bibliografía es tratada canónicamente. Las fuentes primarias son publicaciones médicas y de prensa, en general de circulación local. Para los interesados en la historiografía médica colombiana serán de segura utilidad las particularidades de producción y la localización de estas fuentes que son comentadas al final de la Introducción (p. 20-21) y en las citas de pie de página a lo largo del texto. En la literatura crítica, amplia, figuran textos obligados de la sociología del conocimiento científico y de la historia de la ciencia y la medicina occidental. Para el ámbito particular de la investigación se apoya en estudios de historia económica y política colombiana y en la historiografía de la medicina colombiana. Ésta, tanto en su vertiente clásica producida por y para la profesión médica, como la más novel y variada que desde hace unas dos décadas introduce en Colombia enfoques de las ciencias sociales.

En lo esencial y en lo formal este libro es un texto científico y da justamente lo que predica. No obstante, la ciencia tiene un cometido transformador de la sociedad

que requiere una difusión más allá de las audiencias especializadas. En este sentido la representación de la información al uso conserva, en mi opinión, mucho olor a la literatura gris que le da origen. Es un libro encuadernado en rústica, de tamaño de una octava mayor, es decir aproximadamente la octava parte de un antiguo pliego de impresión en la nomenclatura en desuso. Le hace juego una sobria carátula compuesta sobre un mapa histórico en tonos sepia. Las hojas de respeto, de portada, contraportada, dedicatoria y agradecimientos tratadas austeramente contrastan con la de derechos que relaciona a directivos institucionales que no tienen crédito directo en la producción de la obra, una costumbre rancia para una editorial universitaria. La escritura por su parte, tiene rigor académico y la autora logra mediante un ponderado uso de la primera persona comprometerse con sus enunciados. Con excepción de esto último, los demás detalles mencionados, probablemente fuera del rango de decisión de la autora y un tanto pedestres, son, sin embargo, parte de un enjambre de decisiones cruciales para la efectiva recepción del mensaje.

Atender el medio —la forma— del mensaje es un aspecto político pertinente de la práctica científica de la disciplina histórico-médica, cuánto más, cuando arrecian las dificultades para penetrar aún los propios públicos de las escuelas de medicina. ■

Marco Luna Maldonado, Universidad de Granada

John Rosser Matthews. La búsqueda de la certeza: la cuantificación en medicina. San Sebastián: Triacastela; 2007, 304 p. ISBN 84-95840-27-8, € 23,07.

La publicación en español de «La búsqueda de la certeza», tras la edición del original en inglés en 1995, guarda interés por ser un área de investigación viva, pues la introducción de lo numérico —me refiero al cálculo probabilístico—, como tecnología de «cientificación» (permítaseme el neologismo por lo acertado de lo que trata de capturar) es un proceso aún en marcha que no se cerró sólo con la entrada, en la práctica de la investigación, del ensayo clínico. Desde su introducción en 1946 hasta la casi obligatoria inclusión del ensayo clínico (o mayores sofisticaciones estadísticas) para la aceptación de una investigación en revistas médicas que las comunidades científicas han negociado como «de calidad», o la casi obligatoria consulta de las pruebas suministradas por la Medicina Basada en la Evidencia (MBE) para cualquier decisión en la práctica clínica, ha transcurrido más de medio siglo de desigual incorporación mundial de esta tecnología numérica.

El libro de J. Rosser Matthews, escrito con agilidad envidiable, sigue siendo una lectura de gran interés para conocer algunos momentos estelares de la introducción de los números en la práctica médica que, centrándose en tres episodios, el autor vincula en sus orígenes a las transformaciones de una medicina inmersa en los cambios revolucionarios de la Francia de comienzos del siglo XIX. Para esta lectora, su utilidad no reside en ser un ejemplo histórico, con sólida y polifónica base heurística, de la imparabla marcha hacia la «cientificación» de la medicina, sino porque reflexiona sobre procedimientos y logros, sobre cambios en la relación entre pacientes y médicos, y muestra que sabemos más sobre cómo los médicos fueron absorbiendo las matemáticas, como parte del oficio de explicar la enfermedad y proporcionar tratamiento, que sobre cómo han ido viviendo los pacientes, mujeres y hombres, su proceso concreto de enfermar.

Aunque se trata de un trabajo histórico, el texto obliga, como el autor señala, a acercarse a algunas cuestiones clásicas en filosofía de la ciencia, tales como las bases epistemológicas del conocimiento médico, el proceso de convertir a la medicina en una ciencia, o cómo vincular los procesos científicos a las políticas y modos de la democracia, como ocurre cuando relaciona la extensión del ensayo clínico a la cultura política democrática (capítulo sexto). La monografía incluso permite reflexionar sobre el impacto de ciertas tradiciones historiográficas como marcas perdurables de los relatos con los que hacemos o enseñamos historia. En este sentido me refiero a los comentarios de Matthews sobre la importancia concedida por Foucault a la visión localista (anatómo-clínica) de la enfermedad, en lugar de a la matematización de la experiencia médica (p. 65), para explicar la consolidación científica de la medicina y los efectos que ha tenido su obra en la manera de contar la historia de la ciencia médica.

Para estudiar la incorporación de las matemáticas a la clínica, Mathews se centra en varios escenarios geográficos: Francia y el «nacimiento de la clínica», Alemania y el escenario de la fisiología experimental e Inglaterra y la creación del primer departamento universitario de estadística matemática. Los capítulos se estructuran alrededor de tres polémicas de 1837, 1850 y comienzos del siglo XX.

En la primera polémica (capítulos 1 y 2) entre Louis (introducción del método numérico para la elección terapéutica) y Amador, se dirimía el debate entre la medicina como arte (basado en un conocimiento tácito) o una ciencia (basada en las matemáticas). El debate culminaría con las propuestas de Gavarret (capítulo 3) para la introducción del cálculo probabilístico que encontró numerosas resistencias, incluso entre los defensores del método numérico de Louis, y entre países como Alemania e Inglaterra. En el capítulo 4 se muestra la segunda polémica, entre los partidarios de que la medicina de laboratorio dotara de carácter científico a la medicina —Claude Bernard defendía esta postura—, frente a quienes creían en la matemática como fuente de ciencia. En el capítulo 5 explora el paso de las matemáticas como herramienta descriptiva a predictiva que tuvo su base en la idea de «correlación» entre dos

series de números de Galton y en los desarrollos de Pearson. Un discípulo de Pearson, Greenwood, fue el responsable de expandir el uso de la estadística como fundamento científico de la medicina y, junto al americano Pearl, de consolidar profesionalmente a quienes se dedicaban a la estadística aplicada a la investigación médica (capítulo 6). Semejantes intentos persuasivos, esta vez en relación a la utilidad del ensayo a doble ciego para confirmar resultados terapéuticos en las décadas centrales del siglo XX, son el objeto del capítulo 7.

Para mi gusto son algo problemáticos algunos aspectos de la Introducción escrita por José Luis Puerta, quizá vinculado a una visión positivista de la ciencia y a una idea de progreso científico más familiar en círculos próximos a la reflexión sobre políticas científicas que a quienes nos dedicamos a la historia de la ciencia u otras parcelas críticas con la misma. Hay una visión muy desde «el centro» en eso de reclamar, siguiendo a Kuhn, la necesidad de asumir paradigmas modernizadores, como la estadística, si no se plantea que la construcción de centros y periferias de conocimientos es un proceso activo, como viene mostrando mucha historiografía y teoría crítica. Por ejemplo, cabe preguntarse si lo que el método numérico indica como oportuno es lo que más interesa o preocupa a quienes padecemos enfermedades, si la persuasión matemática facilita nuestras relaciones terapéuticas o bien si la obtención de ciertas certezas estadísticas no promociona injusticias planetarias o estándares que dejan fuera gran parte de la realidad, como viene mostrando todo el debate sobre los llamados «sesgos de género» en los ensayos clínicos, es decir sobre los problemas de asumir, literalmente, el «hombre medio» como patrón de normalidad. Afortunadamente, Matthews en su conclusión proporciona, a mi entender, algunas claves que, en cierta forma, responden a la introducción. Pero, sobre todo, el contraste entre ambas partes del libro muestra que todos andamos algo enredados en nuestras propias creencias en la modernidad —aunque nunca hallamos sido modernos que diría Latour— y, a veces, exigimos a los productos científicos (artículos o libros) lo que en otro plano discursivo estaríamos en disposición de criticar.

Por tanto, se trata de una lectura necesaria para profundizar en la historia de la medicina como ciencia y en el conocimiento de la genealogía histórica de valores epistémicos imperantes en la cultura médica. Claro que, se mire como se mire, no deja de ser una historia del centro, y no de las periferias (geográficas, institucionales o de culturas epistémicas) que no informa de si la incorporación de las matemáticas ha supuesto, también, una fuente de certeza personal ante los dilemas que ocasiona la enfermedad en quienes, con más o menos paciencia, la padecemos. ■

Rosa M.^a Medina Doménech, Universidad de Granada

El Laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-1939). Catálogo de la Exposición (MC/MEC/ Fundación Giner de los Ríos). Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes; 2007, 664 p. ISBN 978-84-95078-58-2, € 50.

Entre las diversas actuaciones dedicadas a rememorar la Junta para Ampliación de Estudios, la exposición que albergó el «Pabellón Trasatlántico» de la Residencia de Estudiantes madrileña entre diciembre de 2007 y marzo de 2008 (y que fue luego ampliada), reviste una significación particular. Los comisarios Sánchez Ron y Lafuente optaron, como han hecho también en otras ocasiones, por acercar la ciencia al visitante medio y dar a conocer a un público amplio la mecánica y los instrumentos materiales de la producción de conocimiento, dibujando alguna de las rutas de su apropiación por los científicos concretos —en solitario o en equipo— sus grados o niveles, sus formas colectivas y esbozos o tanteos, sus logros. Los aparatos y, con ellos, los usos cotidianos de la práctica de laboratorios y seminarios que desplegó la JAE, pudieron verse allí de una forma directa y bien palpable, junto a los desarrollos pedagógicos que constituyeron su preocupación esencial. En la estela de la Institución Libre de Enseñanza, sería determinante para la Junta propiciar la socialización de aquellos modos de «estar y ser» que, andando el tiempo, deberían haber hecho de la preparación cultural y de la innovación creadora el nervio de una España bien distinta a aquella en que vivían quienes la construyeron, un país más europeo y más culto, más rico y más libre también. El documental que se exhibía en la muestra, *¿Qué es España?*, reconstruido por el Instituto Valenciano de Cinematografía sobre imágenes de la época —y que por sí mismo merecía una visita a la exposición de la Residencia—, hacía centellear ante el espectador los destellos de modernización social y cultural que convierten el esfuerzo científico de la JAE en algo extraordinario en la historia reciente de España. Un reto para cuya resolución iban logrando frutos los dos recursos fundamentales empleados: la producción de ciencia en términos extensos, la investigación y, situada en el centro de la función política y social del marco reformista, la nueva ciencia de la pedagogía.

Es de ley resaltar el esfuerzo de divulgación que, como ya indiqué, inspira *El laboratorio de España*, y que revela su imprescindible catálogo. Siendo como es muy accesible la información que de sus actividades viene proporcionando la Sociedad Estatal de Conmemoraciones, y muy completa también la que difunden el CSIC y la propia Residencia de Estudiantes en sus web (a lo que hay que sumar la divulgación general de I+D+i por parte de la Comunidad de Madrid), es digno de aplauso el hecho de que los contenidos de la muestra se hayan puesto a disposición de un variado

público. Esa voluntad de comunicación rige también la construcción y organización del catálogo, grueso y bien editado e ilustrado volumen, que contiene aportaciones sustanciales para la sistematización actualizadas de lo mucho que ya vamos sabiendo de la inmensa tarea de la JAE.

Para nadie es ya objeto de discusión que la Junta para Ampliación de Estudios representó un salto cualitativo en la vida cultural española. Los treinta años que preceden a nuestra guerra civil, con la herramienta de aquella política de pensiones en el extranjero que pusieron en marcha Cajal y Castillejo —siempre detrás de ellos, como de los ministros liberales, la impronta y el consejo de Giner y la eficiencia de Cossío—, contemplaron un despliegue espectacular de las ciencias experimentales, de la medicina y las humanidades, junto a la pintura y en general las artes. Todo ello a la vez, y todo en una entusiasta y estimulante relación. Tampoco es discutido a estas alturas que aquel esfuerzo de política científica —cuando asentado estaba, y cuando más fruto hubiera dado—, iba a quedar deshecho por la guerra civil. Y más que por ella incluso, por la victoria arrasadora del franquismo, que en general despreció el trabajo intelectual y abominó del pensamiento libre.

Los «objetos» científicos, los instrumentos prácticos y a la vez de alto valor simbólico que formaron la exposición madrileña del *Trasatlántico*, fueron, por descontado, el átomo y la neurona; pero también el español (la lengua) y la sierra madrileña del Guadarrama (la geografía y el paisaje), además de, imprescindiblemente, la educación en su despliegue cotidiano. Por ello se agradeció la contemplación de aquellos cuadernos de los alumnos del Instituto Escuela (a los que eran aún tan parecidos en forma y en estilo, pero no ciertamente en contenido, los de mi propia infancia). Podían recorrerse con la vista aquellos cuadernos, verdes y azules, que no sé si desplazaban de verdad a los libros de texto —como se insiste en repetir tópicamente—, pero que de hecho los convertían en mera apoyatura, junto a preciosísimos dibujos y emocionantes publicaciones del trabajo científico de los pensionados ilustres, trabajos que fueron decisivos no solo en histología y neurología, pero que, como es bien sabido, en ellas alcanzaron su dimensión universal. Podía igualmente el visitante acercarse a los aparatos de grabación y reproducción de la voz humana que, aun hoy, hacen importantes los esfuerzos en fonología de Tomás Navarro Tomás, o bien contemplar los mapas dialectales, los inventarios artísticos y patrimoniales de un «proyecto nacional» que situó en el centro de la recuperación del país a la historia y a la filología, ambas disciplinas de la mano; entre otros instrumentos, la balanza de Enrique Moles y un interferómetro.

En cuanto a los artículos que forman el catálogo, además de una completa cronología a cargo de Ana Romero de Pablos y José Manuel Sánchez Ron, y de unas biografías en las que solo se echa en falta alguna mujer más (en solitario la única directiva de la JAE, María de Maeztu), además de una recopilación legislativa siempre útil, el resto se organiza en dos partes. Una de ellas va dedicada a los aspectos históricos, políticos y culturales, incluidas las relaciones exteriores y, ésta vez sí, el papel general de las mujeres en la JAE, en torno a ella y a partir de ella. Son, respectivamente, textos de Sánchez

Ron, Antonio Lafuente, Juan Pablo Fusi, José García Velasco, Consuelo Naranjo, Rosa Capel y Carmen Magallón, que llevan un colofón de Juan Francisco Fuentes dedicado al hermoso documental que ya mencioné al principio, y que fue atribuido a Araquistáin. La segunda parte corresponde lógicamente al despliegue necesario, pormenorizado, de los recorridos científicos y pedagógicos que impulsó la JAE. La física, la química y las matemáticas son ahí actualizadas por Ana Romero de Pablos; el Laboratorio de Fonética del Centro de Estudios Históricos lo estudian Leoncio López-Ocón, María José Albalá y Juana Gil; de la biología de Pío del Río Horteiga se ocupa Alfredo Baratas, y de las artes Leticia Sánchez de Andrés, que también repasará los cuadernos escolares más adelante, en otro de los textos incluidos. Sobre la Residencia de Estudiantes escribe a su vez Isabel Pérez-Villanueva, y sobre la arquitectura de la JAE en el contexto de la renovación madrileña, Salvador Guerrero. Para finalizar, diremos que aspectos diversos de la pedagogía estimulada por influencia de la Institución Libre de Enseñanza son punteados por Antonio Moreno González, en tanto que sobre «la construcción de una naturaleza nacional», como parte inseparable de la labor científica de la JAE, argumenta Santos Casado.

En resumen, y como ocurriera algo antes con algún otro de los esfuerzos de investigación, prensa y divulgación ligados al centenario de la Junta (por ejemplo *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC. Cien años de ciencia en España, 1907-2007*, edición a cargo de M. Ángel Puig-Samper y con la participación de destacados especialistas), estamos ante un texto de ahora en adelante imprescindible para el seguimiento de un pasado científico, el español del siglo XX, interrumpido violenta y culpablemente, y cuyo conocimiento no es en modo alguno irrelevante de cara a su prosecución en el siglo XXI. ■

Elena Hernández Sandoica, Universidad Complutense de Madrid

Enric Novella. Der Junge Foucault und die Psychopathologie. Psychiatrie und Psychologie im frühen Werk von Michel Foucault. Berliner Arbeiten zur Erziehungs- und Kulturwissenschaft Bd. 40. Berlin: Logos Verlag; 2008, 80 p. ISBN 978-3-8325-1906-3, € 12,80.

Atender a la obra de Foucault por parte de los psiquiatras es algo que viene de antiguo y que se salda con una ingente bibliografía, la mayoría muy centrada temáticamente y buena parte de ella crítica, como señala el mismo Enric J. Novella (Valencia, 1972). Otra cosa es abordar específicamente la psicopatología y más aun hacerlo sobre la obra anterior a la publicación de la *Historia de la locura*. Este abordaje, por sí mismo, es destacable, porque hace que el autor se introduzca en la entraña misma del pro-

blema psiquiátrico que para Foucault resulta relevante en cuanto filósofo. Creo que este es, precisamente, el plano de lectura que resulta más fructífero, más inagotable y más imperecedero por abierto, sobre todo frente a las abundantes aproximaciones realizadas desde la historia institucional o la historiografía sociológica que, en ningún caso, pueden pretender obtener desde esa posición ninguna legitimidad para abordar la cuestión nuclear psicopatológica.

Centrarse en esta etapa supone situarse en el punto a partir del cual Foucault se dispone a dar un giro a su indagación y permite preguntarse por la génesis de la arqueología, el cuestionamiento de los términos sujeto, poder y verdad, como los motivos de su enfrentamiento a las corrientes predominantes en la psicología y psiquiatría de la época, es decir, las corrientes evolucionistas, hegeliano-marxistas, el psicoanálisis y la fenomenología.

Novella se pregunta cómo, más allá de ciertas cuestiones personales, en absoluto irrelevantes pero por sí mismas carentes de significación filosófica, advierte Foucault en la psiquiatría una problematicidad peculiar que sabe interrogar certeramente para desvelar las dificultades, insuficiencias y aporías de las corrientes psicológicas que se sostenían sobre presupuestos filosóficos cuestionables. Son las consecuencias de estos presupuestos filosóficos puestos en acción, concretados en prácticas discursivas y no discursivas, lo que le sirve a Foucault para poner en valor a la psiquiatría de cara a su significación filosófica. Estas dejan al descubierto el desacoplamiento entre discurso y realidad, queda en el aire la excedencia de la realidad que no ha sido sometida al concepto. La semiología médica, exportada a la psiquiatría en continuidad con el proceder positivista, aparece como un ejercicio meramente abstracto, impostado y huero, un modo de análisis inadecuado para los requerimientos clínicos (p. 24). Las semiologías construidas sobre las concepciones psicológicas se desacreditan al desvelar que, pretendiendo aparecer como herramientas neutras, no son otra cosa que dispositivos técnicos que encubren posturas filosóficas (gnoseológicas y ontológicas) y que con su puesta en práctica confieren consistencia al entramado conceptual-institucional y crean, al mismo tiempo, sus propios objetos y sujetos. Ello significa que el vínculo entre psicología y subjetividad ha tomado una orientación fatal en vista de la perspectiva epistemológica adoptada (p. 69). La relación subyacente entre signo y representación, mediada a través de la simbología psicoanalítica o la filosofía analítica, no deja de estar presente. El una y otra vez reprobado psicologismo representa el epítome de una acepción de la modernidad que impone un modo de relación entre el ser humano y la verdad, con consecuencias significativas e inesperadas, algo que la psiquiatría permite mostrar mejor que otras prácticas.

Veamos entonces el recorrido argumentativo. Por lo que respecta a la psicología positivista, como a la psiquiatría de la época, las críticas son bien conocidas. La psicología y psiquiatría positivistas imponen estrategias reduccionistas e inconsistentes, no sólo lógicamente, sino empíricamente, de modo que los resultados de la misma están a la vista hoy mismo. En el fondo se trata siempre de invertir el argumento ontológico para

nivelar el plano psíquico y orgánico, por medio de una semiología que sirva de enlace. Una vez hecho esto, es fácil ejecutar una metapatología (p. 23) o una metapsicología. La multiplicidad de estrategias y autores, pasando por H. Jackson, Ribot, Janet o Freud, confluyen en desactivar la subjetividad en su complejidad.

No obstante, Foucault considera que el psicoanálisis supone un paso adelante en la consideración de la individualidad respecto a las posturas evolucionistas, sobre todo por lo que se refiere al descubrimiento del sentido (p. 32), si bien en esto, al menos, debe compartir el mérito con Dilthey y Janet. Para Foucault, la obra de Freud acaba con los elementos naturalistas de partida, pero no resuelve el problema de la subjetividad, lo que se pone de manifiesto en la significación que atribuye a la hermenéutica objetiva con la que pretende atrapar el sentido, un sentido reducido que exige una subjetividad escindida, en la que el sujeto que sueña objetiva su sueño, busca la significación de un texto oculto. En definitiva, se exige que se comprenda el sujeto como una interioridad que puede ser por completo analizable y determinada.

Tampoco el análisis existencial va a estar para Foucault en disposición de comprender la enfermedad mental en su génesis efectiva, en parte porque no está en condiciones de atender, según el Foucault de 1954, a las condiciones sociales, económicas y culturales. Aquí es menester decir que Novella no nos facilita el camino, pues nada hay en su exposición que nos habilite para comprender la impotencia de Foucault atrapado entre la explicación sociogenética de corte marxista y la analítica existencial. La alternativa aportada, por la que se establece el enlace entre la crítica a ambas corrientes y la solución de su propia arqueología de la psicología y ontología de la enfermedad mental, aparece sin un paso intermedio que el propio Foucault nos escamotea y el autor tampoco nos ofrece.

Esto supone, desde luego, estar más allá del Foucault de esa primera etapa. Pero el autor nos ha ido dando claves, a mi entender, para transitar de una manera si no concluyente sí, al menos, factible. A todo lo largo del trabajo ha aparecido la negatividad del ser humano como un elemento explícito en el juego frente a las pretensiones de verdad de las ciencias (p. 22 y 66), o implícito en el trabajo de la imaginación (p. 48). Esta negatividad está actuando como desfundamiento de la subjetividad y también como condición de la aparición de lo completamente otro de sí (p. 38). Negatividad entendida como libertad y por tanto como el no ser en que consiste la subjetividad, algo indisponible no susceptible de ser determinado que posibilita la cancelación de todo poder autorreferencial, la diferencia en que consiste el sí mismo (Selbst) que deja aparecer lo otro de sí. Supone tratar con un aspecto preterido de la subjetividad desde el racionalismo que Kant y el idealismo pusieron al descubierto y que no ha logrado ser conjurado desde entonces por la filosofía y las ciencias. La transformación sutil pero decisiva del título de la segunda edición de *Enfermedad mental y personalidad* (1954) como *Enfermedad mental y psicología* (1962), denota ya la nueva línea abierta con *Historia de la locura* fuera de una explicación estrictamente economicista. Se pone en duda el mismo estatus científico de la psicología y las dificultades de la propia psicopatología

por definir su lenguaje. Quedan de manifiesto la existencia de restos incontrolables pertenecientes a la historia de nosotros mismos que, en su carácter de residuos, hablan del contenido ontológico usado, pero no determinado, agotado, o realizado, es decir, indisponible. Es, a mi ver, una influencia heideggeriana clara, que ahora va a ser leída en clave nietzscheana y de Canguilhem y con ayuda de la terminología estructural usada por el autor en la crítica al psicoanálisis (p. 33). Allí la oscilación entre lenguaje y habla se hacía ya en el mismo plano que la necesidad de remitirse a una experiencia concreta del ser humano real.

Acceder a esta experiencia requiere un uso de la contingencia y dispersión en que se queda desperdigado el acontecer histórico, un campo de sobras y restos, que la arqueología pretende poder someter a cierto control y expresión. El problema es siempre hacer inteligible lo singular, por ello ese ejercicio arqueológico consiste en la reconstrucción incesante del significado hasta completar suficientemente el fenómeno dado, el signo o el síntoma. En este sentido dicha tarea puede considerarse de reflexión, y supondría hacerse cargo del procedimiento por el que la negatividad forma parte de la experiencia. Se requiere afrontar la tarea psiquiátrica de enunciar algo de alguien en su transición a lo otro de sí, como acto libre. Por ello se cita con pertinencia al final del libro (p. 72) la necesidad de acceder a un estrato de la mismidad que no siendo mera autorreferencia, sea producto del cuidado de sí, que permita una relación con la verdad no moderna, por tanto que no sea aquella con la que se identifica la psicología, una relación que conlleva una determinación inexorable para la psiquiatría que se sostiene en estos presupuestos. Todo esto debe ser la tarea de la psicopatología.

Novella muestra como la obra de Foucault en los sesenta se aparta ya de la posibilidad de afectar a la psicopatología. En base a la arqueología y la genealogía, se sitúa en la crítica, pero no está en disposición de ofertar una alternativa a la psicopatología porque se centra en el binomio sujeto-poder/saber-poder y no resuelve la relación entre sujeto-signo-representación, ante la que se había dispuesto en sus obras tempranas. Querer situarse en el discurso para encontrar sus condiciones de posibilidad dentro de él, sin reducir su verdad a la del objeto como hace el positivismo, le exige ontologizar el modo como se rige el propio discurso, finalmente como poder. En la actualización de las posibilidades de lo real elimina al sujeto de su sujeción entregándolo a una trama dispersa de fragmentos y residuos, poderes y saberes que al plegarse generan zonas de subjetivización, pero también lo hace con la libertad que abre desde sí mismo y deja aparecer lo otro de sí como inmediatez, retrayéndose. Y sin esta dimensión subjetiva no hay psicopatología.

Cabe decir de esta lectura de Novella, lúcida y rigurosa, que hay que pasar por Foucault, entender su desarrollo y su encuentro con la psiquiatría para estar a la altura de la tarea de hacer psicopatología, del mismo modo que estar en disposición de entender la aportación de Foucault sólo es posible, precisamente, por haberse planteado la psiquiatría y la psicopatología como problemas. Porque del mismo modo que la psiquiatría se origina en el saber moderno, en la filosofía y en las ciencias, sólo

remontándonos a sus problemas más básicos y fundamentales podremos atrapar sus posibilidades, obtener una identidad satisfactoria y cumplir con sus deberes comprensivos y terapéuticos. Sólo estando en condiciones de trazar su camino, podrá escapar a la coerción de una cientificidad limitante que en ella se manifestaba ejemplarmente. Estar a la altura del problema es a lo que contribuye con claridad este libro. ■

Pablo Ramos Gorostiza, Hospital de La Princesa, Madrid

Steven Jay Peitzman. Dropsy, dialysis, transplant. A short history of failing kidneys. Baltimore: The John's Hopkins University Press; 2007, 213 p. ISBN 0801887348, € 24,95.

El relato describe, según el propio autor —nefrólogo e historiador—, el curso de la(s) enfermedad(es) renal(es), de su descubrimiento y conocimiento paulatino por parte de pacientes, médicos/as, políticos, gobiernos, medios de comunicación, fundaciones y corporaciones. Es un recorrido terminológico, de la perspectiva médica y del paciente, pero también del orden social, laboral y moral. El libro se dirige a un público variado. Responde a las inquietudes clínicas de los profesionales sanitarios, de mentes abiertas interesadas por procesos biológicos y fisiológicos o de «profanos» con afán de adquirir conocimientos técnicos sobre enfermedades del riñón: ofrece datos y denominaciones, tratamientos y diagnósticos, nombres de personalidades médicas, es decir, reconstruye la historia del conocimiento médico, de las técnicas y de la enfermedad. Al fin y al cabo, nos permite la comprensión de cómo las enfermedades renales empezaron por una simple retención de líquidos y acabaron con la realización de trasplantes de órganos. Pero el objetivo del autor no se detiene aquí. Peitzman elabora la historia de los/las pacientes, de los cambios en su visión o encuentro con la enfermedad y explica la incorporación progresiva de los actores sociales que configuran el mapa y conceptualización de las enfermedades renales. La(s) propia(s) enfermedad(es) adquiere(n) identidad propia, condiciona(n) las interacciones entre los demás sujetos implicados, el punto de vista clínico o la posición de las autoridades políticas.

El autor respeta en cada paso de su descripción los conceptos y términos propios de la época, contextualiza los procesos y acontecimientos, sin ánimo de traducirlos al lenguaje tecnológico contemporáneo. Sin embargo, al final de cada capítulo, incluye el apartado *A later perspective*, donde presenta una explicación científica actual de los contenidos descritos en el capítulo. La bibliografía se organiza por capítulos y recoge una variedad de fuentes: desde textos como el de Richard Bright publicado en el *Reports of Medical Cases* (1827) a libros y artículos actuales.

El volumen comienza con una explicación: ¿por qué escribir un libro sobre la historia de la(s) enfermedad(es) del riñón? La respuesta es tri-causal: por la incidencia actual (e histórica) de la enfermedad, para presentar cómo se define, categoriza, entiende y trata la enfermedad y, tercero, como símbolo de la medicina tecnológica representada por la diálisis y el trasplante. Nombrar estos tres objetivos no responde a la necesidad objetiva de justificar el libro, sino es, más bien, una forma de expresar a quiénes se dirige el texto y un modo de explicar, de manera concisa, que la medicina altamente tecnológica tiene un pasado, un curso y un por qué.

La primera variable que cambia a lo largo de esta historia es el término mismo de afección renal que pasó de ser una a múltiple. Los enfoques, tratamientos e investigación se hicieron más complejos y los/las pacientes más numerosos (por lo menos se visualizó más su existencia y participación o los costes que generaban). Sin embargo, en el curso de la enfermedad renal hacia las enfermedades renales, el autor nos ofrece comparaciones y paralelismos (tanto reales, como simbólicos), en un aparente juego temporal y sitúa la historia de la(s) enfermedad(es) renal(es) en una espiral, con grandes bucles ascendentes. La técnica no es sólo de estilo expositivo, sino un mensaje indirecto de cómo la historia tiene momentos que se repiten o que se viven e interpretan desde una perspectiva parecida.

La historia del la(s) enfermedad(s) renal(es) empieza en el siglo XVII, cuando están fechados los primeros documentos médicos escritos e ilustraciones representando enfermos/as con hidropesía. En el capítulo se incluye la imagen de una mujer alemana, dibujada en 1695, sentada en una silla y con el cuerpo visiblemente afectado por la hidropesía, una dolencia única a la que se enfrentaban los médicos como enfermedad (no como un cúmulo de síntomas) y descrita como parte del entorno natural. Los tratamientos eran de diuréticos, purgantes, vomitivos y sudoríferos y se aplicaba a menudo la paracentesis como técnica quirúrgica de eliminación del líquido acumulado en el vientre. Los/las enfermos/as se convertían en personas dependientes, con movilidad reducida, a menudo estaban postrados en una silla y, los que tenían posibilidades económicas, buscaban alivio en lugares con climas cálidos. La enfermedad se evidenciaba por la retención de líquidos tanto por los médicos como por el entorno social.

Con el hallazgo de albúmina en la orina y la deformación del riñón, evidenciada por la autopsia, realizado por Richard Bright (1789-1858), la enfermedad renal (todavía una sola enfermedad) se enfocó desde el mecanismo pato-fisiológico y se distanció de su sentido social, fácil de reconocer, y se concentró en manos de los médicos el poder de convertir a las personas en enfermos/as y pacientes. La aportación de Bright determinó el cambio del nombre de la hidropesía, que pasó a ser a nivel formal «enfermedad de Bright» y a tratarse con bicarbonato sódico, laxantes y dieta alimenticia. Además, Bright identificó tres variantes de la ahora patología, lo que llevó a la configuración de dos corrientes de pensamiento: por un lado quienes creían que se trataba de tres enfermedades distintas (F. T. Von Frerichs) y, por otro, quienes las consideraban tres estados/variantes de una misma enfermedad (Rudolph Virchow, George Johnson o William

Osler). La investigación anatómo-patológica y fisiológica que se llevó a cabo sobre todo en Alemania e Inglaterra acabó formulando hacia principios del siglo XX un acuerdo acerca de la existencia de una forma aguda de la enfermedad de Bright, relacionada con enfermedades infecciosas previas, gota o exposición laboral al plomo.

Thomas Addis, en 1931, reconcilió el modelo estructural y funcional de conocimiento médico y usó el nivel de creatinina en sangre como indicador de la función renal. La conclusión de Addis fue que las nefronas de los riñones dañados tenían que compensar el trabajo de eliminar la urea producida por la ingesta de proteínas. El tratamiento propuesto fue básicamente una dieta pobre en proteínas, lo que situaba al propio enfermo como responsable de su evolución, protagonista de su enfermedad, conocedor de sus síntomas y familiarizado con su tratamiento (al igual que lo hacía la hidropesía en el siglo XVII). El propósito del control de la dieta, más allá de la superación o alivio de los síntomas, era la vuelta a una vida laboral activa como indicativo de mejoría.

La investigación médica del siglo XX siguió teniendo como escenario los países europeos, aunque Estados Unidos se unió con rapidez incorporando personal investigador de procedencia europea. El contexto de esta migración fue la reforma de la educación estadounidense (empezada en 1870) y la creación de fundaciones de investigación médica, gracias a la concentración de capital y a la colaboración entre investigadores procedentes de centros dispersos por la geografía estadounidense.

El acuerdo de los científicos sobre el diagnóstico y especificidad del fallo renal agudo, llevó a identificar un nuevo tipo de patología renal «aguda reversible», relacionada con la intoxicación con bicloruro mercurio (empleado como veneno en suicidios y abortos inducidos, sobre todo en la sociedad americana), el uso de fármacos antimicrobianos contra las neumonías o meningitis (sulfonamidas) o tras lesiones musculares provocadas por bombardeos durante la segunda guerra mundial. El síndrome del fallo renal agudo se convirtió en símbolo del horror de la guerra, pero aceleró la búsqueda de conocimientos médicos y llevó a la creación de la máquina de hemodiálisis (por Willem Kolff) y a su uso por primera vez en 1946 en Canadá y en 1948 en EEUU, curiosamente (¿o no?) en dos casos parecidos, de jóvenes mujeres, sin recursos económicos, cuyo fallo renal agudo se había producido tras un aborto auto-inducido con bicloruro mercurio.

Hacia 1950, ya se había definido la nefrología como especialidad médica, la técnica de hemodiálisis mejoró con el uso de nuevas máquinas de acero inoxidable y el tratamiento se organizó alrededor de unidades hospitalarias, con el apoyo de equipos multidisciplinarios de profesionales sanitarios. Se configuraba por tanto, el entramado institucional y organizativo de la especialidad.

La nomenclatura de las diversas enfermedades renales se aclaró una vez puesta en marcha la biopsia renal como técnica de diagnóstico exacto. Aunque las causas de las enfermedades renales no se especificaban, ponerle un nombre exacto a cada tipo de patología ayudó al paciente, en opinión del autor, al permitir adentrarse en los entresijos clínicos de su fallo renal y posicionarse en relación con los/las médicos/as. La

enfermedad se burocratizó inscribiéndose en las secciones 581 y 582 de la *Internacional Classification of Disease*, lo que configuró un marco legal para la gestión de facturas y costes derivados del tratamiento.

La hemodiálisis trascendió la intervención en el fallo renal agudo para aplicarse en el crónico cuando Belding Scribner evidenció la irreversibilidad de algunas patologías renales. Las unidades de hemodiálisis se multiplicaron aunque, en países como EE.UU., pese a contar con apoyo público, se financiaban en gran medida con fondos privados o a través de fundaciones en las que intervenían intereses económicos. Cuando la enfermedad renal crónica grave adoptó el rango de «enfermedad renal terminal» (1972, EEUU), los pacientes que la sufrían pudieron beneficiarse de adquirir una certificación del grado de discapacidad y se configuró un nuevo tipo de paciente, también profesionalizado (no sólo por ser especialista en su propia enfermedad sino, también, porque su ocupación suele ser su propia diálisis).

Hacia los años ochenta, se incrementó, sin precedentes, el número de personas enfermas renales predominando en Norteamérica los pacientes afroamericanos de edad mediana. La enfermedad renal alcanzó el grado de epidemia y se propusieron criterios de igualdad en el acceso a los recursos terapéuticos emergiendo, al mismo tiempo, cuestiones morales, como por ejemplo, si eran «buenos pacientes» o su aceptación del hecho de estar conectados de por vida a la máquina de diálisis. En este punto, Peitzman reflexiona acerca de si la diálisis puede considerarse un fallo o un éxito y concluye que se trata de un entramado de interacciones y debates entre quienes padecen la enfermedad y los profesionales que los atienden.

Las contribuciones de Alexis Carrel, U. U. Voronoy, George Thorn, Murray o Roy Calne (entre muchos otros), posibilitaron el desarrollo de técnicas y fármacos inmunosupresores que permitieron poner en marcha los trasplantes renales. Una tecnología que, para el autor, permitió no sólo el mantenimiento de los/las pacientes, sino, también, su curación, la afirmación de la virtud de la medicina altamente tecnológica y el final de la enfermedad.

En la transición de los siglos XX al XXI, se está dando un enfoque preventivo a las enfermedades renales. Se ha retomado el interés por la dieta rica en proteínas (por ejemplo Barry Brenner ha mostrado que la «hiperfiltración» es el esfuerzo de las unidades celulares sanas del riñón para filtrar las sustancias nocivas, en la misma línea que lo hizo Addis en 1931), por la medicación contra la hipertensión y por frenar la «progresión» de la enfermedad. Las causas del daño renal no son prioritarias, son los factores de riesgo los que interesan ahora. En este siglo se ha abandonado el nombre de «fallo renal agudo» optándose por «enfermedad crónica del riñón», expresión más fácil de entender para los ciudadanos, al igual que lo era la enfermedad de Bright en su momento, según el autor. De la misma manera que Bright, los nefrólogos actuales alertan sobre la alta incidencia de enfermedades renales en la población, aunque hoy en día el objetivo de las políticas médicas es prevenir y detectar el fallo renal, de manera precoz. Pero, se pregunta el autor, ¿cómo se van a enfrentar los gobiernos a los

costes económicos de la asistencia? ¿Cómo se van a equilibrar los presupuestos entre la prevención y los tratamientos de la enfermedad avanzada? ¿Cómo considerar el valor de la detección precoz sin tener en cuenta los costes emocionales y económicos de declarar enfermos/as a millones de personas, sólo a través de una analítica sanguínea? ¿Cómo hacer que la industria farmacéutica contribuya con medicamentos y aparatos, sin influir en la práctica médica? ¿Cómo puede el personal sanitario adaptarse a las necesidades emocionales y asistenciales de quienes padecen la enfermedad, mientras persiste el marco epidemiológico de la enfermedad?

Al igual que al inicio del texto se anunciaban las razones por las que el pasado necesita ser explicado, el libro lanza nuevas preguntas sobre el futuro de las enfermedades del riñón. Seguramente, para responder y comprender las preguntas sobre el futuro, se tendría que completar la historia de las enfermedades renales, que Pietzman acaba a comienzos del siglo XXI, incorporando los procesos tecnológicos, las implicaciones culturales y sociales del proceso, sin descuidar el cambio en las interacciones humanas y en la identidad de donantes y trasplantados/as en diferentes contextos culturales. ■

Alina Danet, Escuela Andaluza de Salud Pública

Laurinda Abreu; Patrice Bourdelais; Teresa Ortiz-Gómez; Guillermo Palacios, eds. *Dynamics of health and welfare: texts and contexts. Dinámicas de salud y bienestar: textos y contextos*. Évora: Edições Colibri; CIDEHUS/UE-Centro Interdisciplinar de História, Culturas e Sociedades da Universidade de Évora; Alfa-Graph/Phoenix TN; 2007, 256 p. ISBN 978-972-772-773-5.

Las antologías de fuentes constituyen una herramienta de gran utilidad en el contexto de la enseñanza universitaria pre y postgraduada, que cuenta con cierta tradición dentro de las ciencias históricas. Desde hace décadas, las demandas docentes han estimulado el desarrollo de este género en el ámbito de historia de la medicina; no así en el caso de la salud pública cuya historia sólo muy recientemente se ha configurado como materia de creciente atención dentro de los estudios universitarios de postgrado.

Dynamics of health and welfare: texts and contexts constituye una selección antológica comentada de textos pasados y presentes sobre la salud pública y el bienestar social, y sus intersecciones con el género y con los procesos migratorios y urbanísticos, centrado en Europa y Latinoamérica. El material aparece agrupado en tres grandes campos temáticos, cada cual al cuidado de un equipo de editores específico: «Salud y bienestar» (Laurinda Abreu y Patrice Bourdelais, p. 13-100), «Perspectivas en género y salud» (Teresa Ortiz-Gómez y Denise Bernuzzi Sant'Anna, p. 101-173)

y «Migración, urbanización y salud» (María Rosa Gudiño, Laura Rojas y Guillermo Palacios, p. 175-256).

El volumen, resultado de un proyecto en el marco del programa Alfa de cooperación internacional entre universidades de la Unión Europea y de América Latina, presenta un formato de manual universitario expresamente orientado a las demandas de la enseñanza postgraduada en torno a la salud pública y a la historia de la medicina y de la salud. En sus tres partes, la información recogida se estructura de modo idéntico. Cada parte se abre con una introducción general más bien breve (unas 15 páginas) sobre el tema. Le siguen quince epígrafes temáticos que se presentan de forma muy escueta y se ilustran con uno o más documentos de una extensión conjunta breve (2-3 páginas). El broche final de cada parte lo pone una bibliografía general de los trabajos citados en ella. Las introducciones generales a las tres partes responden al mismo propósito: suministran un estado general del arte, apuntándose incluso algunas nuevas perspectivas en cada ámbito, y dan razón de los distintos epígrafes temáticos bajo los cuales se organiza la antología, todo ello convenientemente adobado con referencias bibliográficas de las obras en cada sección más destacadas.

Los 45 grupos de documentos editados en las tres secciones (fundamentalmente fuentes históricas, pero también algunos análisis históricos o teóricos de asuntos específicos) ocupan una extensión breve (2-3 páginas), ilustran cuestiones relativas a la salud pública y las citadas intersecciones en Europa y América Latina fundamentalmente durante los siglos XIX y XX, y se publican en inglés, castellano, portugués y, en menor medida, francés. Sus introducciones aparecen redactadas en la misma lengua que los textos. La bibliografía suministrada (más de 700 referencias) tiene por lenguas vehiculares predominantes el inglés, el castellano y el portugués, y en mucha menor medida, el francés.

Si se hiciera una nueva edición de esta obra, sería deseable un mayor cuidado editorial, particularmente en la tipografía, que se vería beneficiada del uso de una mayor variedad de tipos y estilos gráficos para distinguir mejor las presentaciones de los documentos, de la edición propiamente dicha de éstos; en la incorporación a la bibliografía general de las tres partes, de algunas referencias citadas en sus estudios introductorios; y en la evitación de reiteraciones de las filiaciones institucionales de las autorías, que hubiera podido resolverse de forma más satisfactoria con una única relación completa, al comienzo o final de la obra, de las personas colaboradoras en ésta.

En cualquier caso, las observaciones señaladas no restan un ápice de interés a una iniciativa editorial internacional que proporciona una herramienta sumamente útil para la docencia postgraduada tanto en historia de la medicina y de la salud, como en aquellos programas de especialización en salud pública que reconocen el valor añadido que la perspectiva diacrónica aporta a la formación de los futuros profesionales. En efecto, esta antología ofrece, bajo una vertebración coherente y una contextualización oportuna de las cuestiones tratadas, una muestra documental representativa de las principales cuestiones, pasadas y presentes, en relación a la salud en Europa y Latino-

américa y a sus intersecciones con el género y los procesos migratorios y urbanísticos. No puedo por menos que destacar, finalmente, el esfuerzo desplegado por los cuatro editores generales de la obra y por los siete específicos a cargo de sus tres partes, para coordinar un equipo interdisciplinario de veinticuatro profesionales (si se incluyen los editores), vinculados a instituciones académicas (universidades, sobre todo) europeas (cinco hispanas, una sueca, una francesa y una portuguesa) y latinoamericanas (dos mexicanas, cuatro brasileñas y una argentina). ■

Jon Arrizabalaga, IMF-CSIC, Barcelona

Consuelo Miqueo Miqueo, María José Barral Morán, Carmen Magallón Portolés, coords. **Estudios iberoamericanos de género en ciencia, tecnología y salud: GENCIBER**. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza; 2008, 783 p. ISBN 978-84-7733-971-7.

Las comunidades epistémicas pueden levantar barreras para distinguirse de otras, evitarlas y hasta tratar de derribarlas. Entre el soslayo y el derribo se despliegan las prácticas de las mujeres contemporáneas. Por un lado se establecen, se sitúan en lugares donde se aprende y se enseña. En esas colocaciones, muchas se estudian a sí mismas, otras exploran genealogías; las que no, analizan la autoridad y el mando. En ese trayecto hacia la sabiduría que sea se dibujan las identidades, se cartografían planes de trabajo y se construyen las siluetas de mundos en los que diferentes perspectivas conviven y se exponen entre sí.

El congreso de Zaragoza de Ciencia, Tecnología y Género que se celebró en 2006 forzó con éxito la integración de las feministas académicas procedentes de los estudios de filosofía y las de aquellas procedentes de la medicina. Salud y medio ambiente se combinaron en la agenda a través de la participación de las médicas, mientras se mantenían los estudios de género de los sistemas de enseñanza —tanto en el sistema sanitario como en el de las denominadas ciencias— y los trabajos dirigidos a la paridad en el sistema de ciencia y tecnología, de forma que se compartían referentes intelectuales, marcos analíticos y criterios epistemológicos feministas propios de los estudios sociales y culturales de la producción de conocimiento.

La salud de las mujeres y el pensamiento filosófico feminista tiene muchas intersecciones, pero los encuentros sociales, aunque sean de tipo académico, no son habituales. Se comparten preocupaciones: hay semejanzas en las imperfecciones de los mundos de los que se ocupan. Las diversidades que se mostraron atañen a subjetividades y emociones, a genealogías y discriminaciones, a sesgos y prejuicios de

las prácticas profesionales, intelectuales y de pensamiento que fueron objeto de las conferencias, mesas redondas y ponencias así como de la novedad que supuso el taller sobre subjetividad fragmentada y trasgresión.

En esta publicación que recoge esas actividades, se muestran esas diversidades y al mismo tiempo se trazan trayectos de trabajo, encuentros disciplinares y profesionales entre prácticas políticas y analíticas, entre medicina, antropología y filosofía, intersecciones de estrategias, generalmente de inclusión. El conjunto es un completo despliegue de los temas atendidos por un conjunto variado de personas que se encuentran para mostrar precisamente esos cruces y esas intersecciones. Los espacios compartidos se reflejan en las referencias bibliográficas tanto como en los temas y en la composición del comité científico. En éste —entre filósofas, médicas, científicas sociales y experimentales quedó hecho el programa— Eulalia Pérez Sedeño, iniciadora de la organización de estos congresos pioneros en España, y Marta I. González; la coordinadora de la organización, Consuelo Miqueo, una de las más eficaces promotoras de los estudios de mujer y salud junto a otras en el comité, entre ellas Teresa Ortiz y Carme Valls. La presencia española fue grande pero no la única y el apelativo «iberoamericano» se apoyaba en la participación en el diseño del congreso de Diana Mafía, Silvia Kochen, Gloria Bonder y Norma Blázquez, por citar sólo algunas de las mujeres que en la América Latina se ocupan de los asuntos de género en sus comunidades profesionales y nacionales de la región.

El grupo Genciana —organizador del congreso, editor del libro, uno de los que en España es más activo en el trabajo permanente sobre mujeres, ciencia, salud y género— ha dado un estilo al volumen, que recoge una buena parte de los estudios que se presentaron al congreso. Imágenes sexuadas de las ciencias —biotecnologías, práctica médica y en general biología son las más fácilmente visibilizadas pero no son las únicas—, genealogías de mujeres sabias y sus experiencias en la producción de saberes y prácticas de salud y científicas, sociología de las mujeres en la vida académica, documentación, lingüística y antropología y vida de mujeres son los temas articuladores del índice.

Por suerte, los estudios de género apenas necesitan presentación. Su visibilidad y su representación perfilan y retratan prácticas dirigidas a poner de manifiesto las barreras que para las mujeres tiene el mundo profesional androcéntrico tanto como la participación de imágenes igualmente sesgadas del conocimiento de los cuerpos, la vida y los materiales de las culturas en la historia y en la contemporaneidad. Los cuerpos entran y salen de las salas de discusión, de disección, de atención sanitaria, de las aulas educativas y de los laboratorios, de los centros de toma de decisiones políticas. Su transparencia se hace visible a través de las distintas aproximaciones metodológicas al estudio de la identidad y de los espacios en los que esas identidades se desarrollan. En esos lugares de trabajo, las mujeres se colocan, unas se cuelan, otras se apoyan en aquellas cuya genealogía rastrean, y la permanente reflexividad de los discursos y las prácticas, los rasgos activistas se coordinan bien en esta guía de estudios de género.

Las coordinadoras quisieron y lograron un espacio visible sin techos de cristal. Este libro muestra el esfuerzo de integración. Las compilaciones de comunicaciones a congresos son más que referencias para estudiantes y menciones en currícula que exhiben distinción académica, sabiduría y cualidades sociales; constituyen la puesta en escena de la memoria colectiva de una comunidad extensa y variada que se abre paso en la vida académica en España e Iberoamérica con visibilidad creciente aunque protagonismo académico aun pendiente. No se conoce otra forma de contribuir al reconocimiento que hacer visible la autoridad entre mujeres que desplazan las barreras que pudo haber levantado el tecnicismo amnésico de apariencia neutral que se sigue enseñando en las aulas de cualquier escuela.

El repaso del índice es informativo, evocador y sugerente de otras prácticas que indagan en supuestas anomalías, en incertidumbres y hasta en las certezas adquiridas. Las mujeres en las comunidades científicas, la perspectiva de género en educación, discursos y prácticas de mujeres y perspectivas de salud y biotecnologías en las vidas de las mujeres articulan el conjunto. Son los temas sobre los que los estudios de género se han ocupado y se ocupan y la muestra es conveniente además de excelente. Deja el rastro de todas quienes pasamos por allí y es hora de devolver a las editoras un reconocimiento agradecido. ■

María Jesús Santesmases, CSIC, Madrid